

**PUNTO
ROJO**

LADY KILLER

Albert Rosbund

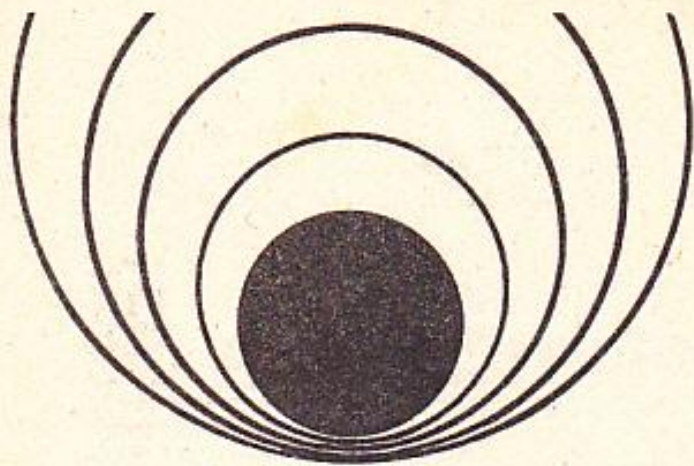




LADY KILLER

Albert Rosbund





PUNTO ROJO





ALBERT ROSBUND

LADY KILLER

Colección PUNTO ROJO n.º 923 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

463 — Nube de pólvora.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

397 — La marca del cañamo.

En Colección PUNTO ROJO:

914 — Más allá de la inocencia.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.534 — Estás solo cuando estás muerto.

ISBN 84-02-02520- X Depósito legal: B. 33.672 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: diciembre, 1979

© Albert Rosbund - 1979

texto

© Desilo - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

Me sacaron de la cama a las cinco de la madrugada, cuando sólo hacía cuatro horas que me acababa de acostar. Elaborar el informe final del caso Zimbalest me había proporcionado enormes dolores de cabeza, y ahora, cuando me encontraba en el sueño reparador, el timbre del teléfono rompía el encanto del descanso y me lanzaba otra vez al trabajo.

Murmurando maldiciones, lo descolgué. Escuché una voz agitada, nerviosa. Tardé algo en reconocerla, debido a mi amodorramiento. Era Bottoms, el detective de la Brigada de Homicidios, que estaba de guardia esa noche. Con voz casi suplicante me rogaba le echara una mano...

No supe muy bien cómo me aseaba ni cómo me vestía. Al llegar al coche los ojos todavía se me cerraban. La noche era ligeramente fría y en mi barriada, además, oscura y silenciosa. No se veía un alma a aquellas horas.

Puse la radio del auto para ver si así me despabilaba un poco más. Muchos locos, en la madrugada, acostumbraban a conducir alegremente, sin respetar los semáforos, creyendo que la ciudad es toda de ellos. Un programa, dedicado al llorado Elvis Presley, me tuvo despierto hasta el lugar del crimen.

Luego,, allí; ya se encargó el mismo asunto de irme poniendo en forma.

No había mucha gente: sólo los curiosos que nunca faltan a tales acontecimientos, unos patrulleros, los de la ambulancia y un par de compañeros.

Estos últimos eran el detective de tercer grado Bottoms y el fotógrafo oficial Carpenter.

El primero era un jovenzuelo recién llegado a la Brigada de Homicidios, de pelos rubios alborotados y ojos vivaces, de fuerte complexión, pero sin ninguna experiencia. Desde el primer momento había estado a mis órdenes y entre los dos había corrido un río de mutua simpatía. El segundo respiraba veteranía por todos sus poros; su cámara había retratado docenas de cadáveres.

Nada más verme, Bottoms se acercó a mí. Nos encontrábamos en un callejón que daba a la West 42nd Street. No era un lugar ni muy

limpio ni muy iluminado. Los cubos de la basura todavía no habían sido vaciados y eso originaba un olor bastante desagradable.

Bottoms tartajeó al hablar:

—Siento... siento haberle molestado, sargento Sommars... Ya sabe que... que soy novato y... y pensé que usted no se enfadaría si le...

El círculo que había formado se abrió al llegar yo y así pude ver el cuerpo.

Se hallaba tirado grotescamente junto al bordillo de la acera, con sus bonitas piernas al aire, el rostro pegado materialmente a la calzada y su larga melena pelirroja cayéndole sobre la espalda.

Cierto: se trataba de una mujer.

Los patrulleros habían encendido sus linternas para que pudiera observar con mayor detalle. Un aparatoso charco de sangre nació bajo el tronco de la mujer y en medio de él casi flotaba su bolso. Vestía un ajustado suéter blanco, de entretiempo, y una falda roja, ahora subida hasta más de medio muslo. Los zapatos lucían un hermoso y alto tacón. Ella no debía medir más del metro sesenta.

Me acuclillé junto al cadáver y con una mano lo ladeé ligeramente. Comprobé que había sido salvajemente apuñalada en el estómago, mis castigados ojos habían visto ya muchas heridas de ese tipo. Me fijé entonces en su rostro. Era una de esas mujeres que gastan abusar del maquillaje, por ello resultaba difícil adivinarle la edad. De todas formas, en vida, debía haber tenido bastante atractivo; indudablemente no era ninguna mujer madura. Sus facciones expresaban terror y dolor, los ojos extraordinariamente abiertos, el *rouge* de los labios algo corrido, habiendo dejado también su huella en la calzada. Una mano la tenía prácticamente engarfiada a la zona dañada, la otra extendida hacia la acera, mostrando unos dedos finos, delgados, de uñas excelentemente manicuradas.

Cuando me puse en pie, comenté:

—Una auténtica salvajada... ¿Ha averiguado algo, Bottoms? —le pregunté luego al muchacho.

—Tengo un testigo.

—¿Quién?

—El señor Kane —me señaló a un hombre robusto, de pelo entrecano y labios abultados, el cual inmediatamente se separó del pequeño grupo de curiosos—. Vive en esa finca de ahí enfrente. El fue quien nos dio el aviso.

—¿Qué me puede contar? —me encare a él.

—Ya se lo dije a los demás... —el hombre presentaba un rostro grave, preocupado—.

Estaba despierto, levantado, en el salón, repasando mi papel, soy un modesto actor de una compañía teatral. Y de pronto creí escuchar un grito. Inmediatamente me asomé al balcón. Y la vi a ella como está ahora.

—¿Luego qué hizo?

—Llamé a la policía y en seguida bajé.

—¿Vivía?

—No, señor.

—¿No vio nada más?

—¡Oh, sí! También vi a la persona que la mató.

—Eso es muy interesante.

—Bueno, mejor sería decir que vi a una persona que corría huyendo de aquí.

—¿Quién era esa persona?

—Sólo la vi de lejos y de espaldas.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer, desde luego. Yo diría que vestía muy semejante a... a ella —miró con cierta aprensión a la muerta—. Zapatos, falda, suéter... No pude apreciar bien los colores puesto que corría por la acera de la derecha, en la que apenas hay iluminación, y en seguida dobló la esquina, desapareciendo de vista. Desde luego, eran colores oscuros. Y

eso sí, era rubia. Sus cabellos fueron los que la delataron a mis ojos.

—Gracias —dije. Luego agregué, mirando a Bottoms—: ¿Ningún

testigo más?

—No, sargento.

—Cítele para mañana en el Police Department.

—¿Cómo? —respingó el hombre.

—Tiene que prestar declaración y firmarla. Un trámite imprescindible —le expliqué.

—Oh.

—¿De los aquí presentes nadie ha reconocido a la muerta? —me desentendí ya de él.

—No, señor —respondió el joven detective.

—Tome el bolso, Bottoms.

ES muchacho le dirigió una mirada cargada de escrúpulos al bolso que casi navegaba sobre el charco de sangre. Murmuró algo ininteligible, sin decidirse.

—¡Bottoms! —ladré.

—¡Si, señor! —se hizo el ánimo.

Obedeció sin pensarlo más. Me alargó el bolso. Dos gotitas de sangre resbalaron, impactando en el suelo.

—Abraló, Bottoms.

—¿Yo, señor?

—No me haga repetir las órdenes.

—Sí, señor.

—Luz, por favor —solicité de los patrulleros.

Bottoms lo abrió y yo introduje mis manos, observando todo lo que había en el interior.

Una barra de labios, un bolígrafo, una polvera, Un pañuelo, un monedero con diez dólares cincuenta centavos, un frasquito de perfume, un paquete de cigarrillos, un llavero, una carterita de

fósforos, Cuatro caramelos de eucaliptos y unos tickets de autobús. Ningún documento que acreditara su personalidad.

—Guárdelo, Bottoms.

—Sí, señor.

En ese instante, a un mismo tiempo, llegaron el médico forense y el juez de instrucción.

El primero le echó un rápido vistazo al cadáver y el segundo procedió a ordenar su levan-tamiento. Los curiosos comenzaron a desfilar.

Mientras a la muerta se la llevaban los chicos de la ambulancia, los demás hicimos algunos comentarios entre nosotros, sin ninguna trascendencia. En primer lugar nos preguntamos cómo andábamos de salud y trabajo y luego la pena que daba que a una chica así la hubieran matado a puñaladas. Según el forense, a primera vista, no había ningún signo de violencia sexual. Hubo una cosa constante en los allí reunidos por la obligación profesional: todos querían largarse cuanto antes. A Carpenter, el fotógrafo, le rogué la máxima prontitud en el revelado de las fotos, sobre todo las tomadas del rostro de la muerta, una vez la habían colocado en la camilla.

Unos se fueron y otros vinieron. Por ejemplo, los de Higiene Pública, los cuales se encargaron de limpiar el lugar donde había yacido la asesinada. Eso de poco sirvió porque la calle continuó dejando bastante que desear.

Bottoms me miró, interrogativamente.

—Aún tenemos trabajo aquí, muchacho.

Compuso una mueca. El trabajo no le agradó en absoluto, a mi tampoco, pero había que apechugar con él. La labor policíaca no suele ser como habitualmente la presentan en las novelas y en las películas.

Amaneció sin que hubiéramos conseguido nada positivo, tras haber cribado la zona lo mejor posible, los pies hechos cisco y las cabezas como un bombo. Los vecinos del callejón, casi todos ellos estaban durmiendo y no se habían enterado de nada. En todo caso, al saber que se había cometido un asesinato, nos hacían preguntas y más preguntas

y nos obligaban a cortar por lo sano. Por las calles adyacentes tampoco encontrarnos a nadie que hubiera visto a una mujer como la

descrita por el único testigo, ni tampoco a alguien que pudiera parecer sospechoso. En una parada de taxis, hallamos a un par de taxistas medio aburridos. En una esquina, a un borracho que dormía la mona. En otra calle, a dos prostitutas en busca de clientela. En un drugstore abierto a aquellas horas, los dos empleados hacía siglos que no veían a un ser humano. Total: terminamos con el rabo entre las piernas, completamente extenuados.

Bottoms bufaba.

—Este es el trabajo habitual, el de cada día —le dije—, Visitas, preguntas, más visitas, más preguntas...

Poco después nos alejábamos en los coches, en dirección al Police Department.

Bottoms tenía que seguir al pie del cañón y a mí ya no me apetecía volver a la cama para tener que levantarme unos minutos después.

Al llegar allí di órdenes para cuando llegaran los peritos, uno de ellos se trasladará de inmediato a la Morgue y tomara las huellas de la muerta, con el fin de que también nuestras sesudas computadoras trabajaran algo- en el asunto.

Una vez limpio el bolso de la asesinada, me encerré con él en el despacho del capitán Lewis, el único lugar de la Sección de Homicidios donde uno podía gozar de auténtica co-modidad.

Esparcí sobre la mesa todos los objetos y revisé el bolso con mayor detalle, gorro incluido, pero no encontré nada. Entonces me dediqué a los objetos. El paquete de cigarrillos no contenía nada anormal. Los billetes de autobus pertenecían a la línea número once. El llavero, era un sencillo estuche de cuero en el que iban dos llaves que nada me dijeron. Lo que más me llamó la atención fue la carterita de fósforos. Era de propaganda y pertenecía al club Camaleón. Había oído hablar del lugar, un antro donde solían actuar travestidos. ¿La asesina era cliente del mencionado club?

Era tan condenadamente confortable la butaca que finalmente, sin apenas darme cuenta, me quedé dormido.

CAPITULO II

—¡Sommars!

Desperté, pegando un brinco.

—¿Ha tomado mi despacho por un dormitorio?

Era el jefe.

Alto, robusto, cincuentón, con las sienes plateadas y unas abultadas bolsas bajo los ojos.

Se encontraba brazos en jarras frente a mí.

—Lo siento, capitán Lewis —me disculpé con fastidio—. Me quedé dormido

—¡No me diga!

Me había puesto en pie, mesándome los cabellos.

—Estoy falto de sueño.

—Ya. ¿Y qué es todo eso que hay encima de mi mesa? —Ahora se lo explicare. Se trata del asunto que ha surgido esta madrugada...

Le puse al corriente.

—Está bien —dijo, tras escucharme con atención—. El caso es suyo.

—No es que me disguste, capitán..., pero yo lo que necesito es descansar.

—Toda la Sección tiene trabajo. El crimen no descansa. Y por tanto nosotros no podemos tampoco descansar. Además, no voy a poner al frente del caso a un novato como Bottoms...

—Bien.

—Ande, muévase.

—Bien.

—Pero antes recoja todos esos bártulos.

—Bien.

Cuando abandoné el despacho, el capitán Lewis ya había tomado asiento en su confortable butaca y para iniciar el día extendió ante sí el *New York Times*, que había traído bajo el brazo, dispuesto a leer mientras un adjunto se encargaba rápidamente de llevarle el primer café de la mañana.

—¡Sommars! —me llamó uno al Cruzar la sala de detectives. Era Morgan, un tipo de pelo rizado, con una fea cicatriz en la mandíbula,

—¿Qué hay?

—Carpenter vino hace un momento. Dejó estas fotos para ti.

Me las entregó. Eran dos buenas fotos de tamaño normal, de bolsillo. El rostro de la asesinada ocupaba toda la cartulina, con todo detalle.

Me las guardé y encaminé mis pasos hacia el piso quinto, donde se encontraban las computadoras.

Esperaba que Forbes, el encargado, ya hubiera recibido las huellas.

Más que eso. La condenada máquina ya había trabajado, dando su respuesta.

—Ahí tienes los datos —me señaló la pantalla Forbes, un joven con cara de judío—. Esa mujer estaba fichada.

En efecto. Ann Fuller. Nacida en Queens, New York, el diez de febrero de 1950.

Detenida por prostitución. Tomé nota mental del número del dossier: 15432/74.

Poco después, en la sala de archivos me empapaba ampliamente con la historia de Ann Fuller, tras comprobar que las fotos coincidían.

La vida y milagros de Ann Fuller era de lo más vulgar, parecía sacada de una fotonovela.

Se había escapado de su casa, un hogar formado por un borracho y una mujer de alterne, rodando por los barrios bajos hasta que finalmente fue detenida durante una redada realizada en el Bowery. Ella era una de las ocho prostitutas que no cumplían siquiera con las mínimas medidas de higiene. Estuvo en tratamiento médico y, por supuesto, también en la cárcel. Se encontraba en la actualidad bajo

libertad condicionada. Constaba su trabajo y dirección.

Más tarde me llegó el informe del médico forense. Ann Fuller había muerto por heridas de arma blanca, que había destrozado su estómago y buena *parte* de su paquete intestinal. Puñaladas feroces, de gran profundidad. Un auténtico trabajo de carnicero, en el que el asesino había demostrado tener una gran fuerza física. No había señales de forzamiento sexual. Padecía sífilis. La hora de su muerte se establecía entre las tres y media y las cuatro de la madrugada.

Iba ya a largarme a la dirección de la muerte, pensando que tal vez el asunto no fuera más que una reyerta de furcias, cuando me pasaron aviso de que acababa de llegar al Police Department el señor Kane, Julius Kane, dispuesto a hacer su declaración y firmarla.

Le acompañé mientras el agente rellenaba mecanográficamente el impreso. El testigo contó más o menos lo mismo de unas horas antes. Leforcé a recordar algo más, pero no conseguí nada positivo. Finalmente Julius Kane leyó lo escrito, estuvo de acuerdo y firmó.

Salimos juntos del Police Department. Cogí mi coche y me trasladé a la dirección de Ann Fuller. Vivía en la zona alta de Greenwich Village, en Horatio Street, no muy lejos del tendido férreo y el Hudson River. El edificio era más bien modesto, de cinco pisos, sin conserjería. En el panel de buzones encontré el nombre de Ann Fuller junto con el de otra mujer: Elsie Loman. Eso me hizo cambiar mi intención de interrogar a los vecinos y proceder al registro del apartamento.

Tardaron en abrir la puerta, cuando ya pensaba que no había nadie. Lo hizo una joven alta, de largos cabellos negros, envuelta en un albornoz bastante desgastado que en otra época debió ser de color rojo sangre. Parpadeó varias veces, tratando de acostumbrarse a la luz del día. Sus ojos eran oscuros, muy grandes.

—¿Qué quiere? —me espetó.

—Vive aquí Ann Fuller, ¿no?

—Sí.

—¿Puedo pasar?

—Ella no está y yo me encuentro muy cansada, completamente agotada. Si busca juerga, vaya a otro sitio.

—No se trata de eso.

Ella arqueó una ceja, observándome mejor.

—¿Quién es usted y qué busca?

—Me llamo Mike Sommars —respondí—. Pertenezco a la policía —no especificué la Sección.

—¡Policía! —exclamó, asombrada. Creo que acabó de despabilarse. El escote de su

albornoz se abrió un poco más, mostrando buena parte de sus gemelas redondeces.

—¿Puedo pasar? —pregunté con una sonrisa amigable.

Como la joven no reaccionaba con prontitud, decidí dar los necesarios pasos adelante para entrar. Luego, cerré la puerta, chasqueé dos dedos para tratar de sacarla de su embobamiento y dije:

—¿Dónde podemos charlar... más cómodamente?

—¡Policial —exclamó de nuevo. Y luego echó a andar abriendo camino.

Llegamos a un *living* modestamente amueblado, sumido en la penumbra. Ella corrió las cortinas y luego me ofreció asiento. Acepté, comentando:

—Supongo que usted es compañera de apartamento de Ann...

—Si.

Se sentó frente a mí, en el diván, sin preocuparse de sus piernas que prácticamente quedaron al descubierto.

—Bien. ¿Qué sabe de Ann?

—No... no le entiendo.

—Esta noche no ha venido a dormir, ¿me equivoco?

—No —respondió Elsie Loman—. No se equivoca. Pero acláreme de una vez por qué se encuentra aquí y qué relación tiene con Ann... o conmigo.

—Primero quieto saber si no has encontrado extraño que Ann no viniera a dormir esta noche —la tuteé.

—¿Por qué? Me dijo que tenía una cita con un amigo...

—¿Con quién? —pregunté en seguida.

—No lo sé —me desilusionó al momento.

—Vaya.

—Pero tal vez fuera... Charles.

—¿Charles?

—Charles Jones.

—¿Quién es?

—Un amigo de ella.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—A veces viene por la discoteca...

—¿La discoteca donde ella trabaja?

—Sí..., que también es mi lugar de trabajo.

—Ajá. ¿De qué la conoces tú? Me refiero a Ann.

—En la cárcel trabó amistad con una amiga mía que se vio enrollada en un sucio asunto. Kathy, así se llama, le dijo que aquí encontraría un sitio libre, al menos hasta que ella saliera, y aún le quedan dos años. Pues bien, no tuve inconveniente en aceptar a Ann.

—¿Ya trabajabas en la discoteca?

—Yo, sí, claro. Fue gracias a mí como consiguió su empleo. Gogó-girl. Es un trabajo en el que acabas extenuada. Por eso duermo hasta altas horas de la mañana.

—¿Y ese Charles Jones es cliente habitual?

—No diría tanto.

—¿Lo conoces bien?

—No. Apenas he hablado con él un par de veces. No sé cómo Ann hizo amistad con él. Es un sujeto afectado, repulsivo...

—¿No sabes dónde vive?

—No.

—¿Me puedes dar su descripción?

Lo hizo.

—¿Se encontraba Ann metida en algún serio problema? ¿Te comentó algo a ese respecto?

—Oiga —me miró fijamente—: ¿a qué vienen todas estas preguntas? ¿Qué sucede realmente?

—Primero contéstame.

—La verdad es que no sé los asuntos que se llevan entre manos. Es muy discreta para eso. Ahora bien, no creo que se encuentre en grave aprieto, al menos no económico.

Ultimamente me comentó que pensaba dejarme. Tiene el proyecto de irse a vivir sola a un apartamento.

—Ajá.

—Recuerdo cuando apareció por aquí, recién salida de la cárcel, parecía una mendiga...

Bien, ¿puede decirme ya por qué se encuentra en esta casa?

—Todavía me falta saber una cosa más: ¿dónde estabas entre las tres y media y las cuatro de esta noche pasada?

—A las tres cierran la discoteca. Ann y yo salimos juntas, como, siempre. Ella , me dijo lo de la cita y se fue por su lado. Yo me vine para casa... A esas horas estaba llegando a casa o en casa ya.

—¿Sola?

—Sola, sí.

—Bien. Eso es todo por el momento.

Me levanté y ella fue a protestar.

Entonces agregué:

—Ann Fuller fue asesinada esta noche pasada entre las tres y media y las cuatro.

Se quedó de piedra. Luego, al reaccionar, sólo dijo, entrecortadamente:

—Eso... eso es... horrible...

—La apuñalaron salvajemente —le expliqué—. Y según un testigo, fue una mujer.

—¿No habrá pensado que...? —balbuceó Elsie, sintiéndose incapaz de completar la frase.

La observé con detenimiento.

Ella tembló.

Y agregó sacando fuerzas de flaqueza:

—¡No tenía nada contra ella!

—Tranquilízate. Al parecer, era una mujer rubia la asesina. Tú tienes los cabellos negros.

Eso pareció aliviarla. Se repuso rápidamente de la fuerte impresión recibida, levantándose dispuesta a acompañarme hasta la puerta.

—Ah, me olvidaba de algo —dije.

—¿Qué?

—Me gustaría echarle un vistazo a las cosas de Ann.. ¿Tenía familia?

—No. Sus padres murieron hace unos años, precisamente mientras ella estuvo en la cárcel

Pasé al dormitorio, común para las dos mujeres. Había dos camas separadas por una mesita de noche. A un lado de cada cama, un armario.

—Ese es el de Ann —me indicó Elsie,

Lo registré a conciencia, pero no hallé nada significativo. Ropas sobre todo, algún recuerdo de su infancia, varias fotos, un estuche de manicura, una carta en cuyo remite se podía leer el nombre de Kathy Fawcett —la amiga encarcelada, me aclaró al momento Elsie—, tres

novelas pornográficas, un paquete de compresas...

Definitivamente me acompañó hasta la puerta de salida.

—¿Sabes si Ann había vuelto a las andadas? —le pregunté.

—¿A qué se refiere?

—Prostitución.

—No lo sé a ciencia cierta. A veces decía tener citas con amistades..., si eso era prostitución —se encogió de hombros.

—¿Y no recuerdas nada más sobre el tal Charles Jones?

—No. Tendría que preguntar a gente de la discoteca. Algunos de allí lo conocerán mejor.

Pero hasta las siete de la tarde no abren.

—Bien. Gracias por todo.

—Me gustaría ocuparme de... del entierro de Ann.

—Tendrás que ir a la Morgue. Y también ponte en contacto con el negocio de pompas fúnebres. Hasta la vista,

Elsie.

Regresé nuevamente al Police Department. No tenía nada que hacer hasta las siete de la tarde, así que podía probar suerte con las computadoras.

Si Ann Fuller estaba fichada, ¿por qué no Charles Jones? Tal vez así ganara tiempo.

No me equivoqué en mi corazonada. Charles Jones era «cliente» nuestro. Su descripción coincidía con la que me había facilitado Elsie. El muchacho cumplía dos requisitos especiales: drogadicto y homosexual. Se le había pescado por lo primero y luego había salido a relucir lo segundo. Allí constaba su último domicilio conocido.

Almorcé en un snack-bar y más tarde llegué a Sullivan Street, cerca del cruce con Spring Street. El tal Charles Jones vivía en un edificio bastante respetable; no le debían ir mal las cosas. El portero me preguntó adónde me dirigía, se lo dije y me respondió que le parecía que Charles Jones no se encontraba en su piso, aunque hacía un rato

había subido un amigo suyo. Esto último lo dijo mirándome de una forma especial.

Le dejé pensando lo que quisiera y me largué en el ascensor hacia arriba.

Piso cuarto.

Puerta 4D.

Llamé.

Al poco escuché una carrera y una voz un tanto afectada:

—¿Eres tú, Frank?

Aquella precaución no me gustó. Opte por soltar un gruñido ininteligible.

Suele dar resultado. Y ahora lo dio. La puerta se entreabrió y yo rápidamente metí el pie y empujé con un hombro.

—¡Oh, bestia!

Quedé encarado a un jovenzuelo de pelo panocha y ojos azules. No tendría más allá de los veintiuno y se encontraba completamente desnudo.

—¡Qué sorpresa!, ¿eh, amiguito? —dije, mientras cerraba la puerta.

El muchacho apoyaba, la espalda contra una pared, algo encogido, mirándome con cierto temor. Desde luego, no era Charles Jones.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—¡No me da la gana decírselo!

—¿Ah, no? —avancé hacia él.

Se encogió aún más, amenazando:

—Si me pones una mano encima, llamaré a la policía.

—No sabes la suerte que tienes, Lila —le mostré mi placa—. Ya la tienes aquí.

Eso lo acabó de derrumbar moralmente. No replicó ya nada. Le di un

empellón, conduciéndolo hacia el interior. Un olor característico llamó de inmediato mi atención.

Guiado por él llegamos a un dormitorio. Allí se encontraban sus ropas y la cama se hallaba un poco revuelta. Sobre un cenicero de la mesita de noche descansaba un humeante cigarrillo.

—Fumándote un porro, ¿eh?

Pero era lo de menos.

Sobre la misma mesita de noche también había una jeringuilla, una cinta de goma, varias dosis de heroína, los cachivaches necesarios para prepararla...

—Buena os la ibais a correr el tal Frank y tú...

Siguió callado como un mudo.

—Anda, vístete.

Comenzó a hacerlo, obediente.

—Esta casa es de Charley Jones —dije—. ¿Es alquilada o de su propiedad?

—Alquilada.

—¿Y tú eres amigo suyo?

—Sí.

—¿Va a venir también él aquí, ahora?

—En un principio, sí. Pero a última hora le surgieron asuntos urgentes y me dio la llave para que pudiera reunirme con Frank. El ya no vendrá hasta bien entrada la noche.

Había terminado de vestirse. Se quedó quieto, sin saber qué hacer.

—¿Cuál es tu nombre?

—Richard Bryant.

—Ven acá, Richard.

Se acercó con un poco de temor.

Yo le mostré las fotos de Ann Fuller.

—¿La conoces?

—La he visto en alguna ocasión, sí —respondió al momento—. En compañía de Charles.

—¿Qué sabes de ella?

—Creo que se llama Ann.

—¿Y?

—Nada más.

—No me mientas.

—¡Le juro que no sé más! —aguantó mi mirada. —¿Hablaste alguna vez con ella?

—Sólo saludarla.

—Dime la verdad, Richard, porque si mientes puedes verle metido en serios problemas.

—No le engaño.

—Esta mujer fue asesinada la madrugada pasada.

—¡Oh!

Su exclamación de sorpresa pareció sincera.

—Siéntate.

Lo hizo en un borde de la cama, mientras yo guardaba las fotos de Ann Fuller.

—¿Qué sabes de Charles Jones?

—No le entiendo.

—¿Cómo le conociste?

—En un party.

—¿De homosexuales?

—Sí.

—¿Y en seguida os hicisteis amigos?

—Bueno, no. A los que le éramos desconocidos nos invitó a frecuentar su club. De ir por allí con asiduidad fue como nació la... amistad.

—¿Has dicho su club?

—Tal vez me haya expresado mal. No es de él. Charles es el encargado de la dirección.

—¿De qué club se trata?

—El Camaleón. Charles se encuentra allí ahora.

CAPITULO III

Esperamos a su amiguito Frank, el cual venía muy ilusionado y se llevó la gran sorpresa.

También tuve algunas palabras con él sobre Charles Jones y Ann Fuller y no le saqué más que a Richard.

Poco después, un auto-patrulla se los llevaba a los dos camino de la comisaría del distrito.

Era media tarde cuando llegué al club Camaleón. El local no presentaba mucha ostentación exterior, podía pasar por uno cualquiera. Pero al penetrar en él la cosa variaba totalmente, los decorados, el ambiente, la clientela, los empleados, todo formaba un conglomerado inequívoco, que chocaba contra las retinas normales. Desde luego, no todo el mundo era homosexual, aunque sí su mayoría. Había también algunas personas

—hombres y mujeres— que acudían por curiosidad, por conocer aquella atmósfera gay, y en seguida uno podía señalarlas, pues se les notaba un tanto apartadas, siendo objeto de miradas despectivas o recelosas. Como yo mismo.

O ella.

Desde luego, llamaba poderosamente la atención. Las mujeres que se encontraban allí eran en su mayor parte casadas, de cierta edad, y todas iban acompañadas al menos por un hombre. Ella, en cambio, iba

sola y era joven y bonita.

No tendría más allá de los veinticinco años, de largos cabellos castaños, ojos negros, grandes, y rostro sumamente atractivo, ovalado, de piel blanca, fina y tersa. Poseía una estatura y un cuerpo bien proporcionados, con unas sobresalientes curvas que parecían haber sido cinceladas por un experto escultor. Toda ella respiraba vitalidad y sensualidad.

En aquellos instantes se encontraba en una situación harto comprometida.

Yo me había fijado en ella mientras caminaba hacia el mostrador, dispuesto a preguntar por Charles Jones. La chica se hallaba en mitad del local y miraba hacia todos lados, como se estuviera buscando a alguien.

Dos tipos con más maquillaje que ella y un pañuelo de seda anudado al cuello, se aproximaron a la joven. En seguida observé que la estaban molestando. Ella trataba de esquivarlos y ellos la acorralaban. Nadie parecía haber reparado en ello, aunque muchos, imaginaba, estaban disfrutando secretamente con la escena.

Me acerqué.

Uno de ellos le susurraba:

—Putá, más que puta...

Y el otro:

—Aquí nada tienes que hacer, lagarta. ¡Vete!

La muchacha no replicaba. Procuraba alejarse de ellos sin dejar de observar su alrededor, no prestándoles la menor atención, pero los invertidos la seguían machaconamente.

Entonces me interpose en su camino.

—Ya basta, pareja.

Los dos me miraron con curiosidad. En seguida debieron percatarse que no pertenecía al gremio.

—¡Vaya, salió un hombre! —exclamó guasón uno de ellos, muy moreno y de nariz

aguileña.

Su compañero rió afectadamente.

—No es de damas educadas molestar a una señorita —les espeté, dejándolos perplejos, A nuestro alrededor la gente nos observaba con curiosidad. La chica terció:

—Gracias, señor. No hace falta que se enfrente con dios por mí. Ya me iba.

—Claro —se atrevió a decir el guasón de antes—. Como ya has encontrado lo que querías. Alguien que te caliente esta noche...

No sé si pensaba decir más. Lo cierto es que mi puño derecho se estrelló en su boquita pintada y se la sello para un buen rato. Trastabilló, manoteando ridículamente, para finalizar cayendo en los brazos de un tipo que ocupaba una cercana mesa. Su compañero de guasa me miró con más respeto, ahora.

—¿Tú también piensas como él? —le pregunté.

No respondió. Giró sobre sus talones y fue a atender a su amigo.

—Me parece que se ha metido en un buen lío —comentó la muchacha, preocupada—.

Fíjese cómo nos miran. Parece como si desearan fulminarnos.

—No pasará nada.

—Fui una imprudente al entrar sola aquí.

—Olvídelo. Mi nombre es Mike Sommars.

—Norma Bronson.

—Encantado de conocerla.

—Será mejor que nos vayamos de aquí. No me gusta nada cómo nos miran —insistió.

Era cierto. En casi todos los ojos se podía leer un intenso odio hacia nuestras personas.

El golpeado ya se había recuperado y en aquellos instantes se restañaba la sangre de los labios partidos con un pañuelo, tarea en la

que le ayudaba con mucho su amigo. De pronto, el lastimado reaccionó violentamente:

—¿Es que nadie va a vengar esta humillación?

La muchacha me cogió una mano, instintivamente,

—Salgamos, por favor —me rogó con ojos asustados—. Todo ha sido por mi culpa.

Era un agradable contacto. Algunos parroquianos se removieron inquietos, vacilantes.

Los dedos de ella me apretaron con fuerza al observar este movimiento.

—Esto se pone muy feo —agregó.

—Precisamente he conseguido, sin proponérmelo, lo que buscaba.

—¿Cómo? —me miró como si estuviera loco.

Yo ya veía venir hacia nosotros, apartando gente en su camino, a Charles Jones. Su figura alta y delgada, sus facciones angulosas, sus cabellos rubios, eran inconfundibles.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó al llegar junto a nosotros.

—¡Me ha pegado! ¡Me ha pegado! —se puso a chillar el de los labios partidos.

—Esos dos estaban molestando a la señorita —expliqué.

—¡Mentira!

—Calma, Buck —apaciguó sus ánimos Jones.

—¡Y me ha pegado! ¡Me ha pegado! ¡Todo el mundo lo ha visto! ¡Es un bruto!

—Eso es evidente —señaló Jones ¡a boca del lastimado—. ¿Por qué lo hizo?

—Ya se lo dije.

—El dice que es falso.

—Pregúnteselo a ella.

—¡Están conchavados! —gritó otro vez Buck.

—Ellos fueron los que iniciaron el jaleo —tomó la palabra Norma Bronson—. Entré aquí buscando a un amigo y ellos se acercaron, molestándome, insultándome.

Charles Jones se humedeció los labios con la lengua, pensativo.

—Mejor será tener la fiesta en paz —dijo, conciliador—, - Tú, Buck, cállate y ve a curarte. Ustedes, hagan el favor de marcharse del local.

—Gracias —dijo Norma, sonriendo aliviada. Y tiró de mi mano, iniciando el camino de la salida.

Yo no me moví del sitio.

—¡Eh! —dijo ella.

—Usted es Charles Jones, ¿verdad? —le pregunté al rubio.

—¿Me conoce? —frunció el ceño.

—He venido aquí precisamente a hablar con usted.

—¿Cuál es su nombre?

—Mike Sommars.

—No me dice nada.

—Lo supongo. ¿Dónde podemos hablar privadamente?

—Venga.

Ante la sorpresa de todos los presentes, incluida Norma, a la que arrastré conmigo, eché a andar tras Charles Jones.

Llegamos ante una puerta en la que había sido rotulada en negro la palabra PRIVATE.

Charles Jones empujó la hoja de madera, franqueándonos el paso.

El despacho era pequeño y acogedor. Nos acomodamos, yo saqué las fotos de Ann Fuller y las eché sobre la mesa, tras la que había tomado asiento Charles Jones.

Estas las tomó y las observó durante unos segundos de silencio.

—¿La conoce? —pregunté al rato.

Me las devolvió.

—¿Quién es usted? ¿Policía?

—Sí.

Norma me miró con ojos agrandados. Charles Jones no demostró ningún asombro.

—Ahora me encuentro limpio —dijo el rubio—. Tengo un trabajo honrado y bien remunerado.

—Me parece bien. ¿Qué me dice de ella?

—La conozco, sí. ¿De dónde han sacado esas fotos? Tiene una expresión un tanto rara...

—Está muerta.

—¿Muerta? —balbuceó.

—Eso he dicho.

—¿Cómo?

—La asesinaron esta madrugada pasada. A puñaladas.

—No sé nada —dijo rápidamente.

—Tal vez. Pero me gustaría que me hablara de ella. ¿Cómo la conoció?

—En la discoteca Ra, donde ella trabajaba.

—Al parecer usted va por allí con cierta frecuencia...

—Allí es donde tiene instalado su despacho oficial el jefe. —¿Qué jefe?

—Hank Johnson. El es el propietario de este club, de la discoteca y de una sala de espectáculos, Troya, ¿ha oído hablar de ella?

—Sí, Creo que se dan sobre todo números de travestidos.

—En efecto.

—Pero volvamos a Ann Fuller. Usted la conoció en la discoteca, ¿no?

—Sí.

—E hicieron amistad.

—Sí.

—Una extraña amistad, ¿no le parece?

—¿Por qué?

—Ella, una prostituta; usted, un homosexual... ¿Qué les unía? ¿Haber estado en la cárcel?

—Eramos amigos, simplemente.

—No me va a hacer tragar eso.

—Créaselo o no —se encogió de hombros—. Es su problema.

—Usted también tiene un problema.

—¿Cómo?

—Vengo de su casa.

—No... no le comprendo —perdió su serenidad, comenzando a jugar nerviosamente con un papel!.

—Frank y Richard —dije escuetamente.

—Ellos...

—Ellos están ahora prestando declaración en la comisaría del distrito. En su casa se encontraron cigarrillos de marihuana y varias dosis de heroína. Supongo que van a complicarse sus cosas, máxime cuando salga a ¡a luz su prontuario. Y yo puedo hacerte más angustiosa su existencia si le meto por medio el asunto de Ann Fuller. Pertenezco a la Sección de Homicidios.

—Me está chantajeando.

—Sólo quiero saber la verdad.

—No sé nada de la muerte de Ann.

—Hábleme de ella.

—Trabajaba en la discoteca como gogó-giri. No hay más.

—Sigue tomándome por estúpido —me puse en pie y me acerqué al teléfono.

Charles Jones hizo rechinar los dientes al ver que descolgaba el auricular.

—Entre Homicidios y Estupefacientes lo va a pasar muy bien.

—¡Está bien, maldita Sea! —exclamó, haciendo una bola con el papel —. Ella me contó que había estado detenida por practicar la prostitución y eso me hizo llegar a la conclusión de que no era una chica con escrúpulos o remilgos. Le propuse que de vez en cuando me echara una mano, sirviéndome de gancho para conseguir a algunos tipos que me interesaban. Ya se sabe cómo son algunos, les gusta que haya una chica y cuando ya están al rojo, se entregan a todo, Ella cumplía a la perfección y yo le pagaba lo estipulado.

—¿Sólo eso?

—Sólo eso. Nuestra relación se limita únicamente a eso Se lo juro.

—Pero apuesto a que sabe más cosas de ella, ya que charlaban...

—Creo que tenía relaciones con su compañera de trabajo y apartamento. Ann le daba a todo..., con tal de que fuera rentable. Era una mujer muy ambiciosa. Según me contó una vez, el apartamento no le costaba un centavo.

—Interesante. ¿Qué más?

—Supongo que también practicaría la prostitución por su cuenta. A veces se excusaba conmigo y para lo ambiciosa que era, imagino que alguien en ese momento debía darle más.

—¿Qué otras amistades tenía?

—Yo creo que no tenía ninguna amistad, en el sentido estricto de la palabra. Sólo conveniencias.

—Pero, ¿quiénes?

—No hablaba de nadie en particular, salvo de su compañera. Y... y creo que con el jefe también tenía alguna relación.

—El tal Hank Johnson.

—Sí.

—Ya hablé con su compañera. Al parecer, últimamente hablaba de irse a vivir a un apartamento sola, independizarse, ¿Le comentó algo?

—Tenía muchas ideas de , grandeza, pero para desarrollarlas le hacía falta dinero. Por eso lo buscaba afanosamente. Ultimamente, desde hace una semana por lo menos, no sabía nada de ella. Tal vez hubiera encontrado su mina...

—De acuerdo, Jones —colgué el auricular—. Eso es todo por el momento. No cometa la imprudencia de desaparecer.

—No lo haré.

Miré a la joven, quien había permanecido callada y atenta durante toda la conversación.

—Podemos irnos.

Norma, tras levantarse, dijo:

—Me gustaría hacerle una pregunta, señor... señor Jones.

El rubio bufó:

—¿Usted también es policía?

—No. Entré en su club buscando a un amigo mío. Me gustaría saber si usted lo conoce.

—Si se trata de un Cliente habitual..

—Se ¡lama Adam Kimball.

—¿Adam Kimball? No, no me suena.

— Haga un esfuerzo. Es muy importante para mí.

—Estoy seguro que no he oído hablar de él.

—Gracias.

Finalmente nos despedimos y salimos del local entre el murmullo hostil de muchos de los clientes. Ella había venido hasta allí en taxi,

así que le propuse llevarla en mi coche, cosa que aceptó.

—¿Por qué ese interés por Adam Kimball? —le pregunté cuando ya rodábamos hacia su casa.

CAPITULO IV

—Es un buen amigo con el que estoy saliendo últimamente —me explicó—. Un chico muy simpático y agradable..., pero en cuanto lo vio mi padre no le gustó.

—¿Por qué?

—Dijo que era un granuja que iba tras nuestro dinero.

—¿Familia rica?

—Mi padre es el propietario de la joyería Constance. Ese era el nombre de mi madre.

Murió hace algunos años.

—Lo siento.

—Mi padre, en cambio, no lo sintió tanto —dijo con cierto rencor.

Hizo un silencio. En aquellos momentos atravesábamos el distrito de Gramercy, camino del East Side. Pareció un poco arrepentida de su comentario.

—No tiene por qué contármelo —dije—. No eran ganas de entrometerme, sólo curiosidad.

—Lo sé. De todas formas, con nadie puedo comentarlo. Casi me ahoga. Mi padre..., mi padre tiene sus amiguitas, precisamente mujeres de muy baja reputación moral. Ellas sí son granujas que van detrás de su dinero. Pero cuando se lo quiero hacer ver, se pone hecho una furia y acabamos acalorados y enfadados.

—La entiendo.

—En fin, no tiene solución. Ha sobrepasado ya los cincuenta y cinco años y anda detrás de chicas de mi misma edad. Es imposible luchar. Y como es generoso con su dinero y sus regalos de joyas, las tiene a puñados. Una tras otra. Ahora lleva unas semanas acaramelado con una que tiene una pinta de golfa que tumba de espaldas...

—Ya.

—Pero hasta ahora, a pesar de las discusiones, no había estallado el chispazo, puesto que no salía seriamente con ningún chico. En seguida que supo lo de Adam, se puso mosca, y me obligó a invitarlo a casa varias veces, para conocerlo y charlar con él.

Finalmente me dio su opinión: no le gustaba, debía dejarlo. Eso me indignó.

—¿Y?

—Yo le repliqué duramente, le dije que no estaba de acuerdo y que haría lo que yo quisiese. Entonces él me respondió que me demostraría que tenía la razón, que yo era una muchacha inmadura que no conocía a los hombres...

Corríamos por la Madison Avenue, paralelamente a Central Park.

El tráfico era denso, lento, a aquellas primeras horas de la noche.

—Hoy, en el almuerzo —prosiguió tras la breve pausa—, me comentó con malicia que ya sabía algunas cosas de Adam, que frecuentaba lugares sospechosos, propios de invertidos, como el Camaleón.

—Por eso estaba ahí.

—En efecto. Yo le quise sonsacar más, pero me dijo que aún no tenía las pruebas.

Entonces decidí presentarme en el local, pues Adam se había excusado conmigo diciendo que tenía mucho trabajo esta tarde, y comprobar si eso era cierto. Lo primero que hice fue preguntar a los *barmen*, pero ninguno lo conocía.

Luego estuve observando a la clientela... hasta que surgieron esos dos pesados.

—¿Por qué no le preguntó directamente a él?

—¿A Adam?

—Sí.

—Oh, no. Entonces tendría que revelar que mi padre lo está investigando... Realmente debía haber esperado a esas pruebas que prometió mi padre, pero de pronto, al encontrarme sola en casa, me

entró una gran ansiedad y deseé comprobar por mí misma si la sospecha, que había colocado mi padre en mi cerebro, era cierta. Si no llegan a suceder esos inconvenientes, hubiera permanecido allí hasta el cierre.

—Más vale que se serene y espere acontecimientos. ¿Usted confía en Adam?

Tardó un poco en contestar.

—Sí.

—¿Le conoce de hace mucho?

—Más de un mes.

—¿El le habló en alguna ocasión de lugares semejantes... o la invitó a ir?

—No. Y además... Cerró la boca como un cepo, posiblemente dándose cuenta que iba a cometer una indiscreción.

—¿Qué?

—Bueno —miró hacia el frente, observando la caravana que iba delante de nosotros—, él... él es un hombre.

Disimulé una sonrisa y no dije nada. Giré a la izquierda, tomando la East 96th Street.

—¡Ahí es! —señaló ella en seguida.

Detuve el coche en un providencial hueco. Ella abrió la portezuela.

—Gracias por todo, señor Sommars.

—Ha sido un placer. Le deseo suerte y felicidad con ese afortunado Adam Kimball.

Espero que todo se le arregle para bien, señorita Bronson.

—Hasta la vista.

—Y ya sabe, si puedo ayudarla en algo, me tiene a su entera disposición.

—Gracias otra vez.

Definitivamente bajó del coche, cerrando la portezuela. Esperé a verla desaparecer, tras penetrar en el portal del elegante edificio donde vivía. Cuando me uní de nuevo a la caravana de coches, me dije que Adam Kimball era un tipo agraciado, Sabía dónde se ubicaba la discoteca Ra y hacia allí me dirigí.

Una conversación con Hank Johnson, el dueño, no me vendría mal. Hasta ahora no había conseguido una clara pista en el crimen de Ann Fuller.

Había un gran ambiente en la discoteca, prácticamente llena, jóvenes en su gran mayoría. La música y las luces de diversos colores, algunas intermitentes, parecían acapararlo todo.

Había dos pistas, un Sargo mostrador y abundantes mesas y sillas, situadas en los lugares más oscuros. j

Lo primero que hice fue mirar hacia las jaulas. Las tres estaban ocupadas, pero en ninguna de ellas se encontraba Elsie Loman, cosa que me extrañó.

—¿Bailas, tío? —me preguntó una chica de cabellos afros, dando saltitos.

—No, gracias —le sonreí.

—Soso —me espetó, y me dedicó un caderazo.

Detuve a uno de los camareros y le pregunté por el jefe. Me señaló a un tipo que vestía un negro smoking que se hallaba apoyado en un extremo del mostrador.

—¿El es?

—El le llevará.

El tipo tenía cara caballuna. Me miró de arriba abajo cuando le expuse mis deseos.

—¿Y quién es usted?

—Policía.

—¿El crimen de Ann Fuller?

—Veo que ya se ha extendido la noticia. En efecto.

—Imaginábamos que vendrían por aquí. Sígame.

Le seguí. Tras bordear una de las pistas, alcanzamos una escalerilla de seis peldaños que conducía a un rellano en el que se hallaba una puerta. Penetrarnos en un pequeño vestíbulo, bien iluminado y decorado, como una especie de salita de espera.

—Espere un momento.

El tipo se adelantó, tocó con los nudillos en la puerta de madera noble y pasó.

Poco después reapareció y me hizo una seña para que pasara.

Sólo entré yo. Junto a la puerta me esperaba un hombre de mediana edad, obeso, de ojillos ratoniles y delgado bigote sobre el labio superior.

—Hank Johnson —dijo, alargándome su mano.

—Mike Sommars —se la estreché.

Me ofreció asiento en una butaca.

El tomó el puro que descansaba humeante sobre el cenicero de cristal de la mesa escritorio. Le dio una chupada e inquirió:

—¿Y bien?

—Supongo que su hombre ya le habrá informado...

—El crimen de Ann Fuller, ¿no?

—Exacto. ¿Cómo lo sabían?

—Elsie Loman me llamó por teléfono. Me contó lo sucedido y se excusó para el trabajo.

La chica estaba muy impresionada...

Eso explicaba también por qué no se encontraba allí.

—He tenido que llamar urgentemente a dos chicas —resopló Hank Johnson, continuando de pie, sin dejar de observarme. Se le veía un poco nervioso.

—Hablemos de Ann Fuller —dije—. ¿Qué me puede contar de ella?

—Elsie me la presentó. Acababa de salir de la cárcel y buscaba empleo. Yo no tengo prejuicios y se lo di, con la condición de que cumpliera.

—¿Y lo hacía?

—No he tenido queja de ella.

—¿Ejercía de prostituta?

—No lo sé.

—¿Tuvo relaciones con ella?

No respondió de momento, dejando escapar una bocanada de espeso humo.

—No le he oído —agregué.

—Bueno... —musitó—, al principio, sí... Usted ya sabe cómo son estas cosas...

—Sí, lo sé. ¿Qué pasó luego?

—Lo dejé estar, se acabó la fiebre..., además, por esa época, sufrí un proceso sifilítico.

—¿Ella?

—No lo sé. Tenía relaciones con otras...

—Ella había padecido esa enfermedad y en la actualidad le había brotado de nuevo.

Hank Johnson se encogió de hombros.

—A partir de entonces, ¿cómo fueron sus relaciones?

—Naturales. Un jefe y su empleada. Según tengo entendido hizo amistad con Charles Jones, un empleado mío que dirige mi club el Camaleón...

Uno a otro se pasaban la pelota.

—¿Ultimamente habló con ella?

—Sí. Anteayer.

—¿De qué hablaron?

—Nada en especial, que yo recuerde. De las cosas cotidianas, intrascendentes...

—¿No estaba preocupada, enfadada...?

—Yo la vi feliz, dicharachera como siempre.

Me dio la espalda para sacudir el paro en el cenicero de cristal.

Esperé a que me volviera a encarar para hacerle la siguiente pregunta:

—¿No sabe quién pudo matarla?

—No, señor —movió la cabeza de un lado a otro—. Ha sido una tremenda sorpresa para mí su muerte. De veras. Tal vez estuviera metida en algún feo asunto, o tal vez sea la obra de una de esas personas desequilibradas que tanto abundan hoy día...

—Sí — murmuré, pensativo—. ¿Y qué me puede contar de las relaciones entre Elsie y Ann?

—¿Adónde quiere ir a parar? —me miró fijamente.

—A lo que usted sepa.

—Ann se presentó a Elsie recomendada por Kathy...

—¿Usted conocía a Kathy?

—Sí. Fue empleada mía.

—Vaya sorpresa. ¿Y por qué fue a la cárcel?

—Tuvo una pelea con una amiga, de resultas de la cual ésta murió. Se le reconocieron algunos desagravantes en el juicio y gracias a ello consiguió una pena menor.

—¿Por qué fue la pelea?

—Por celos.

—¿Quién era el hombre?

—Se trataba de una mujer. Fue un tonto caso de lesbianas.

—Ajá.

—¿Está pensando que Elsie y Ann...?

—Sí.

—Es posible, pero...

—El asesino fue una mujer. Rubia, pero hoy día hay cantidad de buenas pelucas.

Hank Johnson dio una larga chupada.

—Otro tonto caso de lesbianas... Hummm.

—¿A usted se le ocurre otra cosa? —le pregunté mientras me levantaba.

—No se me ocurre ninguna, sinceramente.

—Caso de que recordara algo, no olvide avisarme.

Me acompañó hasta la puerta, prometiéndome que lo haría.

En el vestíbulo me esperaba el tipo del smoking.

Por el camino conseguí trabar conversación con él, interesándome por sus contactos con la muerta. Se llamaba Paul Stevens y me confirmó algo que yo ya sospechaba por todo lo que llevaba oído. Paul era un hombre que por su trabajo debía estar constantemente en el local, vigilando que todo fuera bien.

—Siempre estaba a la caza de cliente —me contó entre otras cosas—. No se conformaba tan sólo con su trabajo de gogó-girl. Era una zona de cuidado.

—Aprecio cierto rencor en sus palabras. ¿No le caía simpática?

—¡Ja! En una ocasión me gastó una buena trastada, la muy puerca.

—¿Qué?

—Me invitó a una fiesta. Ella, otra chica y yo. Luego resultó que la única mujer era ella.

La otra era un travesti.

—¿Charles Jones tuvo algo que ver?

—No.

—Tengo entendido que había contacto entre ellos...

—Sí, él fue quien la introdujo en el ambiente gay pero luego ella iba por su cuenta. Aquel tipo- tipa le debió ofrecer un buen puñado de dólares por llevarle un buen «pescado» y echó mano de lo más cercano. Me engañó bien, ¡a zorra. No lamento su muerte, no, señor,

—Cuidado con lo que dice. Todas esas palabras pueden hacerle entrar en la lista de sospechosos.

—Sólo le digo la verdad. Y también es verdad que yo no la maté.

Habíamos llegado al guardarropa.

Allí nos detuvimos. Todavía le hice una última pregunta:

—¿Qué opinión le merece Charles Jones?

—Un tipo vivo. Su debilidad son los jovencitos de veinte años y las drogas duras. Tiene buenos contactos entre los traficantes de éstas y gracias a eso se cameló al jefe. El se pincha habitualmente...

Me alejé de allí pensando lo sucio que era todo.

De todas formas, Charles Jones se las iba a ver y desear para continuar en libertad sin que yo tuviera que meter por medio la declaración privada de Paul Stevens...

Si no se le complicaban más, caso de que pudiera demostrarse que también estaba implicado en el crimen de Ann Fuller.

Cuando llegué al Police Department, con el primero que topé fue el jovenzuelo Bottoms.

—Muchacho, tengo algo para ti.

—El fue a decirme algo, pero yo le corté, explicándole más o menos todo lo que había.

—Quiero que vigiles a esa mujer, Elsie Loman. No te despegues de ella.

—Me temo que si es ella la asesina, hemos llegado demasiado tarde para evitar el segundo asesinato.

—¿Cómo? —respingué.

—Acaban de darme el aviso. Ha habido un nuevo asesinato y una pareja de novios ha declarado ver huir del lugar del crimen a una mujer como la que describió el señor Kane.

CAPITULO V

El hecho había ocurrido cerca de Battery Park, en una zona ideal para los enamorados, con mucho verde, poca iluminación, silencio y la lejana vista del río.

Cuando Bottoms y yo llegamos allí la cosa había variado algo, pues había un gran gentío, formado en su mayor parte por las parejas escondidas en los alrededores que de pronto habían brotado del anonimato al ulular de las sirenas de los coches policiales y de la ambulancia.

El tipo se hallaba despatarrado entre dos macizos de flores, tumbado cara al cielo estrellado, la chaqueta abierta, mostrando una corbata y una camisa manchadas, empapadas de sangre. Otra carnicería.

El primero en haber acudido allí era el sargento detective Fairbanks, un buen compañero, quien rápidamente me puso en antecedentes.

—Le han matado a puñaladas y no lleva documentación alguna encima (1) —Fairbanks compuso una mueca de fastidio—, Hemos encontrado las huellas del criminal, se han marcado fácilmente en este terreno blando: son tacones de zapatos de mujer. Y para certificar esto tenemos aquí a un par de testigos. ¡Eh, vosotros! —llamó con su potente vozarrón a una pareja de jóvenes que se hallaban apartados de los demás, estrechamente unidos entre sí, con algo de temor en sus miradas.

(1) En USA no existe el documento nacional de identidad, y en un caso semejante, si el muerto no lleva una tarjeta de crédito, el carnet de conducir o algo por el estilo, es imposible su identificación al momento.

Se aproximaron. La chica era la más asustada, apoyando su cabecita en el torso varonil.

—Son Martha Fleming y Doug Colbert —me los presentó mi compañero—. Se encontraban al otro lado de esos macizos... Vamos, explicad cómo fue.

Se miraron entre sí. Ella era rubia, muy menuda, algo insignificante. El poseía una complexión pícnica y unos ojos mucho más vivos.

—En efecto —dijo él—, estábamos allí, sentados sobre la hierba, charlando de... de nuestras cosas. Y de pronto escuchamos algo así como un largo gruñido. Nos alertamos.

En seguida oímos una carrera. Casi por delante de nosotros pasó una mujer, iba tan aprisa que ni se percató de nuestra presencia...

—¿Os fijasteis bien en ella?

—Bueno, pasó muy rápida, pero en fin, puedo decir que era... era de buena estatura, de cabellos rubios, vestía una falda oscura, creo que marrón, y una blusa *beige*... ¿No era así, Martha, cariño?

La chica asintió con la cabeza, no se sentía capaz de articular palabra y en todo momento procuraba esquivar la visión del cadáver.

—¿Le podríais calcular una edad?

—Humm... Joven, no más allá de los treinta años. ¿Verdad, Martha, querida?

La muchacha volvió a mover la cabeza en sentido afirmativo.

—¿Algo más?

—Bueno, tras verla correr nos quedamos un poco intrigados. Así que decidimos asomarnos al lugar de donde había provenido el gruñido... y encontramos el cadáver.

Inmediatamente avisamos a la policía, a ustedes...

—De acuerdo. Gracias por vuestra colaboración.

—los patrulleros tomarán nota de vuestros nombres y direcciones y os llevarán a casa —

agregó Fairbanks. Los chicos se retiraron de nuestra presencia y entonces se encaró a mí—: ¿Y bien, Mike?

—Posiblemente tenga que ver con el asunto que yo llevo. ¿Lo conoces?

—Sí. Por eso envié aviso inmediatamente al Police Department.

—Todo coincide: la forma de matar, una mujer rubia escapando del lugar del crimen...

—La asesina.

—Sí, eso parece,

—¿No irás a creer que además había otra persona en ambos casos?

—No, no creo. ¡Bottoms!

El muchacho se colocó frente a mí.

—Sí, señor.

—Es hora ya de que te encargues de vigilar a Elsie Loman. No te despegues de ella para nada.

—Así lo haré, sargento.

—Y que ella no se dé cuenta que la vigilas.

Bottoms dio una cabezada y se retiró.

—¿Ya tienes una candidata al puesto de asesina? —me preguntó entonces Fairbanks.

—Sí, pero no estoy muy seguro. Ahora mucho menos, si la asesina es la misma persona.

¿Por qué matar a este hombre? Hasta que no sepa quién es...

—Ya he puesto en marcha todo lo necesario: fotos, huellas, sus datos personales para el Departamento de Personas Desaparecidas... Algo saldrá.

—Eso espero.

—Tarde o temprano, saldrá.

—¿Qué cosas llevaba encima?

—Nada interesante. Cigarrillos, boletos de las carreras, goma de mascar, un bolígrafo, un encendedor, un pañuelo, dinero... cosas así.

—Sin ningún significado, ¿eh?

—¡Ajá!

—Está bien. Te dejo con el muerto.

—Oye, creía que te ibas a hacer cargo del asunto.

—Estoy hecho polvo, muchacho. Necesito una buena cama y muchas horas de sueño.

Encárgate del caso hasta que se sepa quién es él.

—Bien —asintió, resignado.

—Nos veremos mañana en el Police Department. Espero que ya haya noticias frescas.

Las había.

Cuando me levanté a las siete de la mañana, tras haber dormido ocho benditas horas seguidas, sin ninguna interrupción, me encontraba fresco y radiante. Después de ducharme, me preparé un ligero desayuno y me largué al trabajo.

En el despacho del capitán Lewis, éste y Fairbanks degustaban un café.

—Ahí tienes, Mike —me señaló Fairbanks un carnet que descansaba sobre la mesa.

Lo tomé. Era una licencia de investigador privado extendida a nombre de Louis King. La foto sellada y grapada en el lado izquierdo mostraba el rostro carirredondo del muerto

de la noche pasada.

—¡Un detective privado! —exclamé, vivamente sorprendido.

—Así es —cabeceó Fairbanks.

—¿Cómo habéis dado con él?

—Suerte. Los muchachos estuvieron recorriendo la zona con linternas. Encontraron la billetera del muerto tirada en una papelería. La asesina tuvo la desgracia de echarla en una papelería semivacía, y destacaba sobremanera.

—Alguna vez la suerte tiene que estar con nosotros —comenté, sonriendo—. ¿Alguna novedad más al respecto?

—Yo también duermo, ¿sabes?

—Sommars —tomó la palabra el jefe, depositando el vaso de papel

sobre la mesa—.

He hablado con Fairbanks sobre el asunto y creo que lo mejor es que usted se haga cargo también de él. Es claro que ha sido cometido por la misma persona.

—Sí, eso parece.

—Incluso ya la han bautizado. ¡Mire!

—los periódicos de la mañana nunca faltan en el despacho del capitán Lewis.

Los ojeé mientras ellos apuraban sus cafés. Había titulares para todos los gustos, la mayoría de ellos sensacionalistas, hechos únicamente con la finalidad de vender y vender. La asesina ya tenía nombre: Lady Killer. Y tras leer todos los reportajes, los lectores no saldrían por la noche en una larga temporada, incluso atrancarían sus puertas. La conclusión era fácil: una mujer, mentalmente trastornada, andaba suelta por la ciudad acuchillando gente por las noches.

—Basura —murmuré de mal humor, dejándolos caer sobre la mesa.

—Eso va a provocar que mucha gente se lance sobre nosotros exigiendo la rápida captura de la asesina —dijo el capitán Lewis—, Si se comete otro crimen, posiblemente cunda el terror en las calles.

—Da gusto ver cómo la gente colabora —comenté, pensando en los periodistas—. Esos ensuciacuartillas han tirado por la vía cómoda y la que más aterra al lector: una loca asesina...

—¿Y?

—Yo creo que los crímenes tienen relación, y me apoyo sobre todo en la muerte de ese detective privado. Si hubiera sido también otra prostituta, aún cabría pensar que... Pero no. Aquí debe haber algo sucio.

—Pues no se quede aquí elaborando teorías. Averigüelo, ¡y cuanto antes!

—Eso voy a hacer, capitán. —Seguidamente me encaré a Fairbanks, preguntándole—:

¿Había alguna otra cosa interesante en la billetera del muerto?

—Nada. Papel moneda.

—Está bien. Iré a su despacho... si es que no habéis estado allí.

—No. Lo dejaba para ti. La dirección está en la licencia.

Louis King tenía su oficina en la zona de Wall Street, no muy lejos de donde había sido asesinado. Un minúsculo departamento del Jerome Building, sito en la Pearl Street. El conserje me atendió con amabilidad, nada más me identifiqué, y no tuvo ningún inconveniente en facilitarme la llave maestra para que no me viera obligado a forzar la puerta. Recordaba al señor King, un hombre muy amigable, de franca sonrisa, el cual

jamás había creado problemas.

Me dejó sólo en la oficina. Esta se componía de una antesala, pequeña, con un par de butaquitas y una mesita ratona con un florero. Luego venía el despacho, mucho más amplio. Una pared la ocupaban varios archivadores metálicos. En la otra se abría una puerta que daba a un reducido lavabo. Junto a la ventana se encontraba un sillón giratorio y delante de él la amplia mesa escritorio, llena de papeles, lapiceros, gomas de borrar, clips, un tintero... Nada de aquello me sirvió para algo, así que decidí comenzar a registrar los cajones. En uno encontré una automática «Parabellum», junto con una caja de municiones. En otro más papeles sin interés, cuentas personales, extractos bancarios, recibos de luz y agua. En el tercero hallé una carpeta rotulada así: «Liquidaciones Clientes». La abrí y empecé a curiosear. Cada hoja presentaba la relación de gastos y los honorarios recibidos por los días de trabajo, constando también el nombre del cliente y al lado de él una especie de código formado por una letra y tres cifras. El último correspondía a un tal señor Frank Perry-J.345., cerrado el siete de mayo de mi! novecientos setenta y nueve.

Me fui rápidamente a los archivos. Sería interesante saber cuál era el último caso que había ocupado al muerto. Tal vez por ahí pudiera conseguir algo...

Fue entonces cuando encontré el J.345, con fecha de entrada nueve de mayo de mil novecientos setenta y nueve —es decir, unos días atrás— y sin fecha de salida y liquidación por cuanto no había llegado a terminarlo. Lo más curioso de todo, que inmediatamente golpeó mi mente, sucedió cuando leí el nombre del cliente: Guy Bronson, joyero.

CAPITULO VI

Conduje por Manhattan sin apenas darme cuenta, un tanto asombrado por el descubrimiento realizado en la oficina del detective privado. Uno no creía mucho en las casualidades. Guy Bronson era el hombre para el que estaba trabajando el asesinado y según los pocos datos que figuraban en la carpeta, el caso consistía en vigilar a un hombre llamado Adam Kimball..., precisamente el joven con el que salía la hija de Bronson..., y que al parecer tenía relación con el Camaleón. ¿Casualidad? Mucho me temía que no.

Algo, una especie de presentimiento, me decía que estaba en el buen camino.

Al llegar a la casa de los Bronson —que conocía gracias a que allí había llevado a Norma la noche anterior—, el conserje me dijo:

—Lo siento, señor, pero no hay nadie.

Esa respuesta la tenía prevista.

—¿Podría darme la dirección de la joyería?

—¿Busca al señor Bronson?

—Sí.

—Entonces mejor que vaya a su finca de Nassau. El no suele ir ya por la joyería. Es su hija quien se encarga de ello.

—Bien. ¿Cuál es la dirección de Nassau?

Me tuve que trasladar al barrio de Great Neck, en el condado de Nassau. La finca se levantaba más allá de Berger Drive, con un excelente mirador a la Little Neck Fry. Era una construcción de dos pisos, de moderna arquitectura, muy original, con una vasta extensión de terreno circundante aprovechado para pista de tenis, piscina y bellos jardines por los que poder pasear. El dueño de la casa, al saber que era policía ya me esperaba bajo la marquesina de su propiedad, con gesto impaciente.

Pero no fue en él en lo primero que me fijé al detener el coche, tras haber conducido por un sendero asfaltado. El hombre no se hallaba solo, sino acompañado, muy bien acompañado, por cierto.

La mujer era alta y bien proporcionada, de cabellos color caoba, y llamaba de inmediato la atención por su porte provocativo. Al descender del auto me fijé mucho más en ella. Poseía un rostro bellamente maquillado, de largas y rizosas pestañas, que protegían unos ojos grandes, sabiamente dibujados, de pupilas azules, destacando también sus sugestivos; labios rojos, como fresas recién cortadas. Su busto era alto y firme, de pechos redondos que se dibujaban bajo la blusa, malva. Los pantalones vaqueros que vestía, muy ceñidos, resaltaban las curvas de sus caderas y marcaban la largura de sus piernas, con unos muslos prietos y sólidos.

Salí del embotamiento al oír el tintineo de los cubitos de hielo. Ella empuñaba un vaso en la diestra y había comen/a do a moverlo mientras me observaba.

—¿Qué ocurre? —tronó la voz del hombre y so ya rompió definitivamente el encanto.

Guy Bronson era un tipo próximo a los sesenta años de edad, más bien rechoncho, ya prácticamente sin ningún atractivo. Su piel delataba el imperdonable paso del tiempo, con profundas arrugas. No guardaba ningún vago parecido con Norma y sus facciones eran más semejantes a un bulldog que a otra cosa, Vestía ropa

campera.

—Mi nombre es Mike Sommars, sargento detective de la Brigada de Homicidios.

—Eso ya lo dijo por el micrófono —me replicó acremente. Parecía de mal humor por mi presencia, tal vez le hubiera interrumpido un idílico momento.

—Llevo entre las manos un asunto que le concierne.

—¿De qué se trata?

—Preferiría hablar adentro, si no le importa. Hace un calor insoportable...

—Perdone —se mostró por primera vez educado, y me invitó a pasar.

Me quedé un instante parado, a ver si ella echaba a andar delante de mí. La mujer se limitó únicamente a beber un sorbito de su combinado, mirándome con media sonrisa.

Caminé, adentrándome en la suntuosa casa. Alcanzamos un salón exquisitamente decorado, con muebles de nogal, alfombras persas y varios cuadros de marinas que, con toda seguridad, pertenecerían a firmas renombradas. Guy Bronson me invitó a fumar y yo rechacé el ofrecimiento. Detrás de mí volví a escuchar el tintineo de los hielos y la hembra reapareció ante mi vista. Fue la primera en tomar asiento, cruzando las piernas y al parecer dedicada exclusivamente a seguir consumiendo el combinado.

—Ella es Deborah Stewart, una buena amiga —se acordó entonces de presentármela el dueño de la casa.

Pensé que sería su último lío, del que me había hablado su hija.

—Siéntese, por favor.

—Gracias.

Lo hice en el mismo diván que ella, pero en el otro extremo. Guy Bronson ocupó uno de los sillones, encendiendo seguidamente un pitillo.

—¿Y bien, señor Sommars? —inquirió al tiempo que expelía el humo.

—Supongo que ya habrá adivinado, dado mi cargo, que se trata de un asesinato.

—No sé qué puedo yo tener que ver con un asesinato —parpadeó.

—Anoche fue asesinada una persona que, al parecer, trabajaba para usted.

—¿Cómo? —se removió inquieto en su asiento. La tal Deborah también puso cara de interés.

—Louis King —dije con una sonrisa.

—¡Louis King... muerto! —exclamó el dueño de la casa, casi brincando.

—Entonces estoy en lo cierto. Usted ¡o conocía. ¿Trabajaba para usted?

—En... en efecto.

Parecía fuertemente impresionado. Dio dos chupadas prácticamente seguidas al cigarrillo. Deborah Stewart se puso en pie y preguntó:

—¿Quieres un trago, querido? ¿Y usted?

Tenía una voz ronca y sensual a la vez, como la cantante Amanda Lear. Había apurado su combinado e iba a prepararse otro. El le respondió que sí. Yo denegué.

Seguí su contoneo mientras Guy Bronson me preguntaba:

—¿Cómo ha sido?

—Alguien lo apuñaló, cerca de Battery Park. Esta mañana estuve en su oficina y revisando sus cosas descubrí que usted era su último cliente.

—Cierto. Pero no entiendo que puedo tener que ver con el asesinato.

—Posiblemente nada, pero tenemos que investigarlo todo, entiéndalo.

—Sí, ya. Eso significa que no han cogido al asesino, que no saben quién fue.

Ella ya regresaba con los nuevos combinados. Le alargó uno a Guy Bronson.

—Algo sí sabemos —dije—. Fue una mujer.

La mirada de ella y la mía se encontraron, la mujer sonrió y comentó:

—¿Por qué me mira así? ¿Le gusto... o acaso sospecha de mi? .

—¡Deborah, por favor! —exclamó el dueño de la casa—. ¡Esto es serio! ¡Deja las bromas a un lado!

—Usted es una mujer, en efecto —le repliqué—, pero la que se vio huir del lugar del crimen era rubia.

—En casa tengo pelucas rubias.

—Eso ya ¡o había pensado, es por ello que cualquier mujer puede ser sospechosa. Si quiere la incluyo en la lista.

—¿Tiene más datos personales de ella? Así tal vez podría descartarme...

—No. Los testigos la vieron muy rápidamente, uno de lejos. No hay detalles.

—Hum. Así incluso podría haber sido un hombre. Con unas ropas

femeninas y una peluca...

—Por favor, dejemos esta tonta conversación —terció de nuevo Guy Bronson, tras haber bebido un largo trago—. Dígame, señor Sommars, ¿qué puedo hacer yo?

La hembra ya había vuelto a su sitio. Dejé de mirarla y respondí:

—Informarme detalladamente sobre el trabajo que realizaba Louis King para usted.

—Una vigilancia...

—Sea más explícito, haga el favor.

—Bueno, verá... —se levantó para aplastar el cigarrillo en un cenicero. Luego se quedó de pie, jugueteando con el vaso en las manos—. Tendré que hablarle también de mi hija Norma. Ella es una gran chica, desde luego que está saliendo con ella y se la ha metido en el bolsillo... Pero vayamos por partes. Usted ya debe saber quién soy yo, tengo un gran negocio de joyería, y Norma es hija única. Por tanto, un gran partido. Ella ya ha comenzado a trabajar en la empresa, aunque al frente de ella tengo a un hombre muy capacitado, Slim Perkins, pero algún día Norma habrá de coordinar todo y es conveniente que ya vaya teniendo contacto con el negocio. Bien —se humedeció los labios, bebiendo un sorbo—, de pronto apareció en su vida un chico. Ella, por supuesto, había salido antes con varios chicos, pero con éste parece ser que la cosa va más en serio. Fue por ello que me preocupé: hoy en día hay mucho golfante por ahí suelto, a la caza de ricas herederas. Hice que Norma le invitara en varias ocasiones para conocerlo mejor. La verdad es que en un principio me causó buena impresión, pero luego...

—¿Qué? —le insté al ver que se había detenido en su larga parrafada.

—Luego recibí una llamada anónima.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

Eso me hizo encanutar los labios, pensativo.

—¿Qué le dijo?

—Sólo unas breves palabras. Que tuviera cuidado a mi alrededor.

—¿Nada más?

—Bueno, dijo también que más tarde entraríamos de nuevo en contacto.

—¿Y?

—Pero la verdad es que no volvió a telefonarme.

—Ajá.

—Eso me puso con la mosca tras la oreja, ¿sabe? Me hizo pensar que tal vez fuera una mujer despechada por el tal Adam Kimball. Este es el nombre del fulano. Y por tanto decidí contratar un detective privado.

—Llegamos a Louis King.

—Así es. El hombre aceptó de inmediato.

—¿Le dio algunos informes?

—Sí, precisamente anteayer me puse en contacto con él y le pregunté cómo iban las cosas. El me contestó que algo difíciles. Adam Kimball parece no tener pasado, esas fueron sus palabras exactas. En ningún sitio encontraba referencias suyas, incluso había llegado a pedir una partida de nacimiento a Philadelphia que es de donde dice ser natural. Por otro lado, le había observado frecuentar unos ambientes extraños, de línea gay, como el club Camaleón.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo. Las siguientes noticias de Louis King me las ha traído usted... y ciertamente son muy desagradables. Muerto. Asesinado. ¿Por qué? No lo entiendo.

Y se bebió, de un trago el resto del combinado.

Más o menos, pensé, todo concordaba con lo que me había contado Norma.

—¿Qué cree usted? —me preguntó luego Guy Bronson—. ¿Que ese chico puede tener algo que ver con el asesinato de Louis King?

—No lo sé, pero desde luego tendré que investigarlo.

—Parece imposible.

—De todas formas, no se trata de un solo crimen.

—¿Ah, no?

—Ustedes no han leído los periódicos de hoy, ¿verdad?

—No, señor.

—Lo suponía.

—¿Qué pasa?

—Anteanoche se cometió otro crimen. Al parecer lo hizo la misma persona, esa mujer rubia, utilizando el mismo método: un cuchillo con el cual prácticamente destripa a las víctimas...

—¡Qué horror! —exclamó la hembra, componiendo una mueca de asco.

—En esa ocasión mató a una mujer. Ella trabajaba en una discoteca y también practicaba la prostitución, según se desprende de mis primeras investigaciones, teniendo relación con el ambiente gay del Camaleón...

—¿Adónde quiere ir a parar?, —frunció el ceño preocupadamente Guy Bronson.

—No lo sé. Pero como observará hay muchos puntos en común entre esos asesinatos, la mujer muerta, Louis King y Adam Kimball...

—Es... ¡es un lío!

—Una especie de rompecabezas. Para resolverlo es cuestión de ir encajando las piezas.

—¿Quién era la mujer muerta?

—Se llamaba Ann Fuller. ¿Oyó hablar de ella, acaso la conocía?

—No. En absoluto.

Guy Bronson retornó finalmente a su asiento, tras dejar el vaso vacío sobre una mesita.

Yo aproveché para girar el rostro hacia Deborah Stewart. Me encontré con su picara mirada.

—Usted al parecer tiene buena amistad con el señor Bronson —dije—. Está en su círculo.

—Nos conocemos dé no hace mucho..

—¿Le suena algo de lo que hemos hablado aquí?

—Bueno, las cosas que le ha contado Guy, ya las sabía por comentarios suyos. Pero no le puedo hablar de nada nuevo. Ni siquiera conozco a Adam Kimball, ni tampoco he oído hablar de Ann Fuller.

—¿Y de Louis King?

—No llegué a conocerlo.

—Bueno, me parece que esto va a ser todo por el momento... —dije, levantándome.

—Estoy a su disposición —se ofreció el dueño de la casa, también poniéndose en pie.

—Gracias. ¿Podría darme la dirección de su joyería? Me gustaría charlar con su hija...

—No quisiera que ella se viera complicada en esto...

—Quiero que me cuente todo lo que sepa sobre Adam Kimball, y también que me proporcione su dirección.

En ese mismo instante se escuchó perfectamente el chirrido de unos frenos.

—No va a ser necesario. Esa es Norma —intervino Deborah Stewart.

El dueño de la casa comprobó la hora y comentó:

—Es extraño.

Un minuto después se abrió la puerta del salón y Norma entraba alocadamente, el rostro arrojado, sin fijarse para nada en Deborah y en mí.

—¡Padre! ¡Padre!

—¿Qué sucede, Norma? —se alarmó Guy Bronson.

—¡Nos han robado! ¡Han robado joyas por valor de un cuarto de millón de dólares!

CAPITULO VII

—Nos dimos cuenta cuando tuvimos que abrir la caja fuerte —explicó Norma Bronson, minutos después, ya más calmada—. ¡Todas las piezas de valor habían desaparecido! Con decirte que el señor Filder se desmayó...

—¿Y Slim? —barbotó su padre—. ¿Qué dijo a esto Slim?

—El señor Perkins no vino a trabajar esta mañana. Tratamos de localizarlo, pero fue imposible.

—¡Vaya por Dios! ¡Precisamente hoy! ¿Dónde se habrá metido ese hombre?

Norma me miraba con cara intrigada. Ya antes, cuando nuestros ojos habían coincidido, en muda y disimulada señal le había indicado que callara. Ella comprendió al momento.

Caso contrario habría tenido que confesar a su padre que la noche anterior había estado haciendo averiguaciones por su cuenta y riesgo sobre Adam Kimball.

—La policía ya está allí —dijo la muchacha—. Yo quise venir a avisarte personalmente, papá.

Guy Bronson había caído sobre el teléfono como un ave de rapiña sobre su presa.

Finalmente colgó el auricular de un manotazo.

—¡Nada! —gritó—. ¡No contesta!

—¿Llamabas al señor Perkins, papá?

—¡Sí!

Guy Bronson estaba ya congestionado. Deborah Stewart permanecía callada e impasible.

—¡Pongámonos en marcha! —rugió el joyero—. Deborah, nena, ¿tú qué haces?

—Cero que seré una molestia más que otra cosa. ¿Me podéis dejar en casa?

—Sí, vamos, ¡vamos!

Salí de la finca con el rostro preocupado. No entendía absolutamente nada de lo que sucedía. Guy Bronson y Deborah Stewart subieron al coche de Norma. Elia, muy hábilmente, dijo que iría conmigo.

—¿Qué hacía usted aquí? —fue lo primero que me preguntó, mientras rodábamos por el sendero asfaltado hacia la verja de salida.

—Han ocurrido cosas.

—¡Vaya que si han ocurrido!

—Aparte el robo.

—¿Cómo qué?

Se lo expliqué cuando ya corríamos por Bayview Road, dispuestos a abandonar el condado de Nassau, siempre detrás del cochazo deportivo de la joven.

Ella se quedó anonadada.

—¿No habrá pensado que Adam...? —balbuceó.

—Si quiere que le diga la verdad, no sé qué diablos pensar. Con la noticia del robo que usted ha traído, las cosas se complican aún más.

—Así que papá había contratado a un detective privado...

—De esa manera supo lo que le contó.

—¡Pero Adam no puede haberlo asesinado!

—Claro que no. Fue una mujer, rubia para más señas. Pero Adam pudo algo tener que ver.

—¡No es posible!

—Me gustaría charlar con él.

—¿Piensa detenerlo?

—Hasta ahora no tengo ninguna prueba contra él.

—Preferiría que fuéramos juntos.

—¿No quiere ir a la joyería?

—Después. Estoy tan intrigada como usted. Cuando lleguemos a Manhattan diríjase hacia Lower Broadway.

—De acuerdo.

Adam Kimball vivía en Hubert Street, casi en la esquina de ésta con Greenwich Street, un moderno edificio de apartamentos, sólidamente construido, con varios rótulos publicitarios que afeaban su fachada.

—El señor Kimball no está —nos informó el portero, un vejete con cara de perdiz—. El señor Kimball hace ya varios días que no viene por aquí. La última vez... —miró mejor a Norma—, la última vez precisamente vino con usted, señorita.

—¡No puede ser! —exclamó ella—. ¡Pero si él vive aquí!

El vejete se encogió de hombros, riendo cansadamente.

—A lo mejor la engaña.

—No estamos para bromas, buen hombre —le mostré mi placa y eso le hizo componer un gesto grave.

—Perdonen —musitó—. Hace poco vino un hombre preguntando por el señor Kimball, dos días o así.

—¿Quién era?

La descripción que nos facilitó coincidía punto por punto con la del difunto Louis King.

—¿Dónde trabaja? —le pregunté a ella cuando salimos a la calle.

—Es representante. Va de un lado a otro.

—Pero la casa para la que trabaja...

—Es de Philadelphia, su ciudad natal.

Apreté los labios. Cuando regresamos a mi coche, lo primero que hice fue ponerme en comunicación con el Police Department. Solicité hablar directamente con el capitán Lewis.

—¡Dígame! —escuché su voz al rato.

Me lo imaginé saboreando un café y leyendo las críticas de las obras de teatro últimamente estrenadas en Broadway para saber a cuál debía

ir con su mujer la próxima noche.

Le puse al corriente de todo, agregando:

—Quiero de inmediato un informe completo de ese Adam Kimball. Que llamen a Philadelphia, que hablen con la Metropolitan (según Norma, era la casa para la que trabajaba) y que revuelvan todos los juzgados. ¡Quiero saber si ese hombre existe!

—De acuerdo, Sommars. No se excite.

—No estoy excitado, jefe —me aflojé el nudo de la corbata—. ¿Hay noticias de Bottoms?

—¿Del jovenzuelo ese?

No me gustó su tono despectivo. El muchacho trabajaba mucho más que él,

—Sí.

—Parece ser que la chica que le ordenó vigilara sólo se ha movido en un par de ocasiones, y en ambas para preparar el entierro de su amiga y compañera.

—Vale. Que siga en el asunto.

—¿Y usted qué va a hacer?

—Interesarme por el robo.

—Le recuerdo que lo suyo son los Homicidios.

—Lo sé. Y que usted es el jefe. Pero este asunto está muy enfollonado para dejar algo al albur. Adiós, capitán.

Nos pusimos en movimiento, camino de la joyería. Norma me indicó dónde se encontraba, frente a Gramercy Park. Al abandonar la Fourth Avenue ya no necesité más información por parte de ella, pues había una gran multitud en el lugar del suceso, destacando los coches policiales y el deportivo de Norma.

Guy Bronson, al ver a su hija, exclamó:

—¿Dónde te habías metido?

—Nos entretuvimos, papá. ¿Cómo van las cosas?

—¡Esto es inaudito! ¡No forzaron la caja! ¡No sonaron los dispositivos de seguridad!

Estaba a punto de darle el infarto cardíaco. Un hombre de aspecto atlético; muy moreno, se acercó a nosotros. Era el teniente Gregson, de la Brigada de Robos.

—Desde luego, tuvo que ser alguien que conocía todos los sistemas a fondo —Opinó.

—Alguien de dentro —aventuré yo.

—Sí. Y nos preocupa el gerente. No aparece por ningún lado. He dado orden a mis hombres para que lo localicen, pero no hay forma,

—¡Perkins no puede ser! —exclamó el dueño—. ¡Es je total confianza!

—Esa canción se la he oído a muchos, señor Bronson. Y luego, cuando les llevaba a los pájaros bien esposados, tenían que reconocer que la verdad es muy amarga.,No se puede uno fiar de nadie.

Bronson se mordió el labio inferior, y de pronto gritó: —¡También pudo ser obra del amiguito de mi hija! —¿Cómo? —arqueó una ceja Gregson. Era una nueva posibilidad que se le ofrecía.

—¿Qué tontería dices? —exclamó su hija.

—El detective que lo vigilaba me informó que no hacía nada, que parecía no existir, que frecuentaba sitios sospechosos...¡Ese Kimball es un granuja, estoy seguro de ello! ¡Y no me extrañaría nada que tuviera algo que ver! ¡Tal vez pertenecía a la banda!

—¿Kimball? —inquirió Gregson,

—Adam Kimball —puntualicé yo—. Era amigo de la señorita. El también ha desaparecido.

—Interesante.

—E! venía por aquí para recogería, incluso entraba en la joyería, en el despacho...

—¿Eso es verdad, señorita Bronson? —preguntó el teniente Gregson.

Norma Bronson agachó la cabeza y reconoció que sí con voz muy apagada.

—¿Y usted cómo sabe que ha desaparecido, sargento? —Ahora me preguntó a mí.

—Estoy investigando el asesinato de Louis King, el detective privado que lo vigilaba.

—Diablos, este caso es fascinante —exclamó, asombrado.

—Tal vez para leerlo en una novela policíaca, pero no para vivirlo.

—¿Cree que esto tiene relación con su asesinato?

—Posiblemente.

—De acuerdo

Los de la compañía de seguros entraban en esos momentos, muy acalorados. Se pusieron a conversar con Guy Bronson. El teniente fue requerido por sus hombres.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó Norma.

—Esperar noticias de Adam Kimball. No tengo en estos instantes otro camino.

—Pero fue una mujer la asesina...

—Sí, pero Adam puede ser un cómplice..., incluso, como sugirió Deborah Stewart, la amiguita de su padre, tal vez fuera un hombre disfrazado de mujer. Los testigos que tengo, bien la vieron de lejos, bien demasiado rápidamente.

—No puedo creer que Adam esté implicado.

—¿Entonces por qué ha desaparecido?

No me supo responder. ES teniente Gregson volvió a acercarse a mi.

—Uno de mis hombres ya ha estado en la vivienda del gerente Perkins —me informó.

—¿Y?

—No había rastro de él. Según el conserje, anoche no le vio llegar a la hora habitual en él y esta mañana no le había visto salir. Da la impresión, pues, que falta a casa desde ayer tarde, después del trabajo.

—Lo que lo convierte en sospechoso.

—Perfectamente. Bien pudo regresar aquí por la noche, salvar fácilmente, todas las medidas de seguridad, abrir la caja con toda limpieza, pues sabía la combinación, y largarse con las piezas de más valor dados sus conocimientos en la materia.

— i Ajá!

—También hay algo curioso. Durante el registro que ha practicado mi hombre en la vivienda, ha descubierto ciertos aparatitos sospechosos, un vibrador anal y todas esas lindezas que usan los homosexuales...

Mi mente se disparó.

CAPITULO VIII

—¿Adónde va? —me preguntó Norma, al ver que tenía intención de abandonar la joyería, poblada de murmullos y gentes nerviosas y apresuradas.

—Tengo que comprobar una sospecha.

—¿Cuál?

Se lo expliqué. Ella prestó mucha atención. Finalmente agrandó los ojos y exclamó:

—¿Usted cree que el señor Perkins está relacionado con el robo y... y esa gente?

—No me extrañaría nada. Su amigo Kimball frecuentaba esos ambientes, según el primer informe de Louis King. Ann Fuller, la asesinada, también. Y ahora he sabido que Slim Perkins tenía esa desviación.

—¡Oh, esto es demasiado... sucio!

—Y aún lo puede ser más.

—¿Puedo acompañarle?

Me quedé mirándola fijamente.

—Creo que su padre la va a necesitar a su lado.

—No. Si necesita a alguien, seguro que llamará a esa zorra de Deborah Stewart.

—No le cae bien, ¿eh?

—¿Y a usted? Bueno, qué pregunta más tonta. Usted es hombre. Seguro que le causó una gran impresión. Es una mujer muy provocativa...

—Prefiero otro tipo de mujer.

Nos quedamos un instante callados, sin saber qué decir. Ella reaccionó primero:

—Iré con usted. Quiero saber también qué es de Adam.

Poco después nos alejábamos de Gramercy Park, dejando atrás un barullo que aumentaba por momentos. Mi idea era trasladarme al club Camaleón. Sólo mi sospecha podía tener significado si Slim Perkins era cliente del mencionado club. Y debía comprobarlo.

El club ya estaba abierto a aquellas horas del mediodía. Norma tuvo cierta aprensión de volver a entrar allí. Yo la animé tomándola de la cintura.

No había mucha clientela. Todos nos miraron con curiosidad, algunos con sonrisa despectiva. No hubo problemas y alcanzamos el mostrador.

—Quiero ver a Charles Jones —le dije al *barman*.

—No está —me respondió secamente.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Vinieron dos polis y se lo llevaron a la comisaría. Dijeron que tenía que declarar.

Salimos de allí en seguida, cosa que produjo un gran alivio en Norma.

—¿Cree que ese Jones le va a ayudar?

—Ahora más que nunca —sonreí.

La comisaría del distrito se encontraba cuatro calles más abajo. Me identifiqué al sargento de guardia y así obtuvimos paso franco hasta la sala de detectives. De inmediato vimos a Charles Jones.

El homosexual se hallaba en el interior de uno de los cubículos de cristal, sentado en una silla, mientras a su alrededor se movían dos hombres en mangas de camisa.

Llegarnos hasta allí y con los nudillos toqué en la puerta. Charles Jones, al vernos, en seguida compuso una mueca. Uno de los hombres en mangas de camisa abrió. Dije quién era y di una somera explicación.

—Ahora las cosas están mucho más complicadas para ef amigo Jones —agregué con sorna—. No se trata sólo de drogas y líos con jovencitos. Hay dos asesinatos por medio y un robo de joyas por valor de un cuarto de millón de dólares.

Charles Jones palideció intensamente.

—¡Oiga...!—brincó del asiento.

El otro detective le dio un empujón y lo devolvió de inmediato a la silla.

—¡Yo no tengo nada que ver con asesinatos ni con robos de joyas! —gritó, descompuesto.

—Entonces imagino que estás dispuesto a colaborar —dije.

—¿En qué?

—Anoche me dijiste que no conocías a un tal Adam Kimball.

—Y no lo conozco.

—Alguien le vio frecuentar tu local.

—No lo discuto. Pero yo no conozco a todo el mundo que va por el Camaleón.

—El que vigilaba a ese tal Kimball era un detective privado llamado Louis King.

—Tampoco lo conozco.

—Anoche lo asesinaron. Igual que a Ann Fuller. Y a ella sí la conocías. Habíais tenido contactos.

—Ya se lo expliqué ayer. ¡Pero no sé nada de su muerte! ¡Nada en absoluto!

—Tranquilízate. Aún falta otro nombre.

—¿Quién?

—Slim Perkins.

—¡Slim Perkins!

—Vaya, veo que te suena.

—Es un buen cliente de la casa.

—¿Qué me puedes contar de él?

Charles Jones se tomó unos segundos de silencio, mesándose los cabellos.

—¡Vamos, contesta! —le apremió el detective más rudo. El otro había encendido un cigarrillo y se mantenía más bien al margen, junto con Norma.

—Ya le he dicho que es un buen cliente. Va mucho por allí y gasta dinero. Tiene un buen trabajo, muy bien remunerado; según me contó una vez. Es gerente de una... ¡Un momento! —brincó de nuevo—. ¡La joyería! ¡El robo de joyas! ¿No me digas que él está...?

—Hasta ahora sólo, sabemos que ha desaparecido, tanto en el trabajo como en su casa nadie sabe nada. Y da la casualidad de que el robo se ha efectuado en la joyería en la que él desempeñaba sus funciones de gerente.

—¡Pero yo no tenía gran amistad con él! ¡Sólo le conocía de ir por el club!

—Eso es lo que dices.

—¡Tiene que creermelo! Me relacionaba con él, porque una de mis misiones es mirar a los buenos clientes.

—¿Sólo por eso te relacionabas con él? ¿No había más?

—¿Qué...?

—Tengo entendido que Perkins era también de la otra acera —le interrumpí.

—Claro. Como la mayoría de los que por el Camaleón. Pero eso no significa que yo... No, Slim Perkins no era de mi agrado en ese sentido. Casi me dobla en edad.

—Al muy guarro le van los adolescentes —le soltó un sopapo el detective más rudo.

Esta vez fue demasiado lejos, partiéndole el labio inferior. Charles Jones le miró con profundo odio, mientras se chupaba su propia sangre.

—El interrogatorio lo estoy llevando yo —dije, sacando un pañuelo—. Toma.

Charles Jones aceptó el ofrecimiento, restañándose el líquido vital.

—Allá usted —bufó el detective de malos modales—. Estos fulanos no entienden otro lenguaje.

—Bien, Jones —tomé de nuevo la palabra—. ¿Qué más sabes de Slim Perkins?

—Nuestras... nuestras conversaciones eran más bien intrascendentes. No sé apenas nada sobre su intimidad. Normalmente hablábamos de cine y de joyas. A él le gustan mucho las películas de Burt Reynolds.

—Eso no me interesa. ¿Cuáles eran sus amistades en el club?

—Amistades íntimas, ninguna, que yo sepa. Solía charlar con todo el mundo. De todas formas, podría preguntarle a Thomas Banks.

—¿Quién es?

—El encargado de la sala de fiestas Troya. Slim Perkins es "asiduo de aquel jocal. Por lo que hablaba, tenía buena amistad con Thomas Banks. Tal vez él pueda darle alguna idea.

Yo, de verdad, no sé más.

—La sala de fiestas estará ahora cerrada.

—Sí, pero Thomas Banks ya estará allí, preparando todo lo de hoy.

—Conforme, Jones.

Me alargó el pañuelo.

—Gracias —dijo.

Se quedó solo con los dos detectives en mangas de camisa. Ya en la calle, Norma comentó:

—Poco hemos adelantado.

—Cierto —reconocí con pesar—. Esperemos que ese Thomas Banks sepa algo más.

El radioteléfono del coche estaba repicando. Lo descolgué. Era el capitán Lewis.

—¿Qué hay, jefe? —pregunté.

—Ese Adam Kimball es más falso que Judas —me espetó de inmediato

—. No trabaja para la Metropolitan ni ha nacido en Philadelphia.

—Todo mentira.

—En efecto. Ese tipo es un farsante.

—Lo imaginaba —suspiré—. ¿Alguna noticia de Bottoms?

—La chica esa, Elsie, ha ido al médico. Según ha podido averiguar Bottoms, la están tratando de sífilis.

—No me extraña. ¿Eso es todo?

—No hay más por el momento. ¿Cómo va el caso?

—Un lío infernal. Ya le contaré más adelante. Seguiremos en contacto.

Corté la comunicación y miré a Norma. Ella se encontraba tirante, el rostro grave.

—Adam Kimball no existe —dije.

—¡Es... imposible! —exclamó, consternada.

—Ya se han hecho las comprobaciones pertinentes.

—¿Quién es, entonces?

—No lo sé. Pero desde luego creo que su padre no anda descaminado. El ha tenido algo que ver con el robo. Louis King debió descubrir cosas raras, pero al mismo tiempo cometería algún fallo y eso le costó la vida.

—¿Y Slim Perkins?

—También debe estar implicado. Tal vez directamente, tal vez indirectamente. En fin, esperemos averiguarlo ahora...

Puse el coche en marcha, había oído hablar de la sala de fiestas Troya, donde solían darse espectáculos de travestis, mucho antes de que empezara este caso y supiera que era propiedad de Hank Johnson, a su vez dueño de la discoteca Ra y el club Camaleón.

Sospechosamente, todos los negocios del tal Johnson tenían relación con el asunto que llevaba entre manos.

El loca! se encontraba en Greenwich Village, más exactamente en la

West 4th Street, con llamativos rótulos proclamando su ubicación. La taquilla y las puertas estaban cerradas.

No se veía portero alguno.

Antes de bajar del coche, Norma propuso:

—¿Qué le parece si tomáramos un bocado?

Tenía toda la razón del mundo. La hora del almuerzo ya había pasado, olvidada por culpa de los acontecimientos.

—No creo que ese Thomas Banks vaya a escapar... —agregó ella.

—Supongo que no.

—Ahí enfrente hay un snack-bar.

—De acuerdo.

En ese preciso instante volvió a sonar el radioteléfono. De nuevo era el capitán Lewis.

—¡Sommars! ¡Novedades! ¡Acaba de ser descubierto el cadáver de Slim Perkins!

CAPITULO IX

Norma Bronson tomó una servilleta de papel y se limpió los labios. Luego, me preguntó:

—¿Qué piensa?

—La cosa se complica, porque Slim Perkins ya no podrá contarnos nada.

Nos encontrábamos acodados en, la barra, dando cuenta de unas hamburguesas y unas cervezas. El local se encontraba bastante desierto y una suave musiquilla daba ambiente.

—De todas formas —agregué—, he de hablar con Thomas Banks. Si tenía confianza con Slim Perkins, puede saber algo que nos coloque en el buen camino.

—Pero parece ser que todo el qué tiene que ver con el caso, muere o desaparece.

—En efecto. Y ahora sólo me queda un culpable. Su amigo Adam Kimball,

—Ya.

—Lo malo es que no sé quién es realmente y por tanto, ¿dónde lo busco?

Fastidiado, apuré el vaso de cerveza.

—Pero también debe haber una mujer —dijo ella—. Recuerde que quien mató a...

—Lo sé —la interrumpí—. Tenemos testigos de que una mujer rubia huyó de los lugares donde se cometieron los crímenes, excepto en el caso de Slim Perkins. Aquí no ha habido testigos, aunque el método de asesinar ha sido el mismo: a puñaladas.

Slim Perkins había aparecido muerto en un abandonado solar de Harlem. Lo habían descubierto unos niños negros que jugaban a la pelota. Según las primeras investigaciones que se habían realizado, nadie sabía nada del suceso. Un cálculo aproximado del forense situaba la muerte en la madrugada pasada.

—Tal vez Adam Kimball tenga una cómplice —agregué no muy convencido.

Terminamos nuestro ligero almuerzo, pagué y salimos del snack-bar. Norma Bronson continuaba mostrándose algo reacia a admitir la culpabilidad de Adam Kimball. Ella necesitaba pruebas concluyentes.

Para entrar en el Troya tuvimos que esperar un buen rato, tras llamar repetidamente al timbre que había junto a una de las puertas.

Nos abrió un hombre vestido con un mono de trabajo. Era bajito, de barba rala y ojos vivaces.

—¿A qué viene tanto llamar? —exclamó de mal humor—. ¿No saben que está cerrado?

—Deseamos hablar con el señor Banks.

—Vengan más tarde, cuando abramos el local. Ahora está muy ocupado. Dentro de un par de horas ya pue...

Calló al ver mi placa. Yo empujé la puerta y él no opuso ninguna resistencia. Norma y yo entramos en el interior, apenas iluminado, donde se movían algunas sombras situando mesas y sillas. Sobre el escenario sí había iluminación, en aquellos momentos se estaban probando los juegos de luces.

El hombre del mono nos condujo hasta el lugar de la orquesta. Allí dos personajes cambiaban impresiones, uno vestido con un elegante smoking blanco, el otro con un traje excelentemente cortado.

—Señor Banks...

Los dos nos miraron, pero el del traje, además, dio un paso al frente. Por los retazos que llegué a escuchar al aproximarnos, hablaban de música. El del smoking blanco jugueteaba con una batuta.

—¿Qué ocurre, Gary?

—Policía —respondió escuetamente.

Thomas Banks era un hombre de mediana edad, bastante corpulento, de facciones algo simiescas. Una de sus pobladas cejas se arqueó.

—Policía... —musitó—. ¿Qué sucede?

—¿Podemos hablar en privado? —pregunté a mi vez.

Asintió con la cabeza, invitándonos seguidamente con una mano a que le siguiéramos.

Fuimos a su despacho que apenas se diferenciaba del de Hank Johnson en la discoteca Ra. Nos ofreció asiento y él permaneció de pie, tras las presentaciones de rigor.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—No sé si habrá oído hablar, tal vez leído, sobre unos asesinatos cometidos por una mujer a la que algunos periodistas sensacionalistas han bautizado como Lady-Killer.

—Sí.

—Hace unas horas ha sido descubierto un tercer cadáver, obra al parecer de la misma mano ejecutora. En esta ocasión se trataba de un hombre llamado Slim Perkins.

—¡Slim! —exclamó, respingando.

—Veo que lo conoce.

—¡Claro que sí! ¿Slim muerto?

—Acuchillado —especifiqué—. Le encontraron tirado en una zona semiabandonada de Harlem.

Con manos un poco temblorosas sacó un paquete de cigarrillos. Rehusamos su invitación y el encendió con prontitud uno, meneando la cabeza de un lado a otro, como si no le acabara de entrar la noticia.

—Sabemos que Slim Perkins frecuentaba este ambiente, al igual que el del club Camaleón. Parece ser que era un... homosexual.

—Es cierto —reconoció Thomas Banks, expulsando el humo con fuerza.

—¿Qué puede contarnos de él?

—Era un hombre muy afable y educado, que se comportaba como un hombre corriente, no como esos maricas degenerados que tanto abundan hoy día.

—¿Cómo lo conoció? —intenté centrar el tema.

—Bueno, no sé si usted tiene conocimiento de que el club Camaleón y

esta sala de fiestas pertenecen al mismo dueño, Hank Johnson...

—Igual que la discoteca Ra.

—Así es. Por tanto, tenemos órdenes de pasarnos los clientes, ya me entiende usted, sobre todo si se trata de clientes de categoría. Slim Perkins pertenecía a este grupo. Era muy generoso en sus gastos, no escatimaba nada. El, por su condición, acudía normalmente al Camaleón. Usted ya sabrá que ese club es un lugar de cita para homosexuales. Allí oyó hablar de Troya y comenzó a aparecer por aquí de vez en cuando.

Por supuesto que en este local tiene cabida todo el mundo.

—Ya hemos hablado con Charles Jones.

—Oh.

—Al parecer él no sabía mucho de Slim Perkins. Fue quien nos dijo que usted sí tenía buena amistad.

—Pero no la malentienda. La verdad es que gracias a Slim conseguí resolver varios regalos para mi mujer. Me proporcionó joyas muy buenas, a excelente precio. A mi mujer le encantan las joyas. Le estaba muy agradecido y por tanto dispuesto a hacerle cualquier favor... siempre que pudiera, claro.

—¿Le hizo alguno?

—Varios. Le presenté a gente habitual de esta sala con la que pudiera... congeniar.

—¿Quiénes?

—Por favor, señor Sommars. No se trata de gentuza como la que a veces suele ir por el Camaleón. Es clientela selecta. Ninguno de esos caballeros puede estar metido en ese sucio asunto del que me ha hablado. Asesinatos... No, no, imposible. No va con ellos, además.

—Asesinatos... y robo.

—¿Qué robo?

—Ha habido un robo de joyas por valor de un cuarto de millón de dólares... en la joyería donde trabajaba Slim Perkins como gerente.

—¡Cielos! —dijo apagando el cigarrillo en el cenicero de la mesa

escritorio.

—Esta señorita es la hija del dueño de la joyería. Ella conocía a Slim Perkins también.

—Lamento lo que les ha ocurrido. Pero si usted conocía a Slim Perkins convendrá conmigo que era un hombre incapaz de... de todo eso.

—Sí —asintió ella—. Es algo que me estoy diciendo desde hace unas horas. ¿Cómo puede ser que un hombre como Slim Perkins se metiera en un asunto como éste?

—Pero, ¿está probada su culpabilidad?

—No sabemos en qué grado intervino —respondí—, pero desde luego en algo tuvo que ver. Por cierto...

—¿Sí?

—Si leyó los periódicos, ¿no le sonó el nombre de la mujer asesinada?

—Ni lo recuerdo.

—Ann Fuller.

—No. En absoluto.

—Los periódicos no han publicado fotos de ella. Yo llevo unas encima. ¿Quiere hacer el favor de verlas?

No tuvo inconveniente. Las tomó y las observó con detenimiento.

—Ese rostro me suena —dijo al cabo de un rato, pensativo—. Creo haberla visto por aquí..., pero ahora no sé cuándo ni con quién. No logro centrarlo.

—Haga un esfuerzo.

Se sentó en un borde de la mesa escritorio, sin despegar los ojos de las fotos. Norma y yo aguardamos a que la luz se hiciera en su cerebro.

—¡Ya está! —exclamó de pronto—. ¡La vi en un par de ocasiones con Addison!

—¿Quién?

—Tony Addison. Uno de los que actúan aquí..., bueno, que actuaban.

¡Ya lo recuerdo todo! —saltó de la mesa escritorio, contento consigo mismo, de su buena memoria—. No la vi en el local propiamente dicho, sino junto a la puerta del camerino de Tony,

esperándole. Hasta recuerdo que una vez le pregunté por ella, un poco extrañado, pues Tony es de los del otro bando. «¿Es que te has echado amiguita?» Y él me contestó que no, que únicamente la utilizaba como gancho.

—Encaja —dije—. Ese oficio solía ejercer esa mujer con Charles Jones también. Parece ser que se había infiltrado en el ambiente gay con esa finalidad, y sacaba buenos beneficios. ¡Bien, ya tenemos algo!

—¡Y aún hay más! —exclamó Thomas Banks, entusiasmado—. ¡El último favor que le hice a Slim Perkins tiene que ver con Tony Addison!

—¿Cómo? Explíquese mejor.

—Parece ser que a Slim Perkins le gustó el chico. Me lo comentó y yo le dije que Tony no era para él, no era de su nivel social, no tenía su clase. Pero se empeñó en que se lo presentara. Y lo hice, no podía negarme. La verdad es que luego no me preocupé mucho del asunto. Ese Tony nunca me cayó muy bien, era un granuja de cuidado...

—¿Qué hacía aquí?

—Un número de travestismo. Eso sí, muy bien hecho, la gente le aplaudía a rabiar.

Imitaba perfectamente a Marilyn Monroe... y al final, para sorpresa del respetable, mostraba sus atributos masculinos. Miren, miren —echó mano de un cajón de la mesa—, aquí tengo unas fotos de las que exhibíamos a la entrada.

Norma tomó una y yo otra. Desde luego, nadie habría dicho que se trataba de un hombre. Piernas, caderas, busto... todo era perfecto. Y qué decir de su rostro, Marilyn rediviva.

—Y éste es él —nos alargó otra foto, que cogió en primer lugar Norma—. Lástima que se despidiera anteayer, aunque era un granuja redomado, también es verdad que traía mucho público y era un buen negocio... ¡Oiga, señorita! ¿Qué le pasa?

Yo estaba atendiendo a Thomas Banks y por tanto no me fijaba en Norma. El, en cambio, se hallaba frente a ella situado. Giré el rostro.

Norma estaba blanca como la cera, como si de un momento a otro fuera a desmayarse.

—¡Es Adam! —exclamó.

CAPITULO X

Nos encontrábamos en el interior del coche. Norma y yo intercambiamos una mirada.

Ella había recobrado, en parte, su color habitual y se hallaba más serena, después del gran *shock* que había supuesto para ella descubrir la verdad. Yo también estaba muy sorprendido, porque ahora había una casi inverosímil explicación para todo cuanto había ocurrido.

—Parece toda una horrenda pesadilla —murmuró Norma, tratando de hacerse a la idea.

—Dejaré de serlo en cuanto pongamos al descubierto todo el tinglado —repliqué.

—Adam y ese Tony Addison la misma persona... ¡Oh, es tremendo! ¡Y pensar que yo...!

—se llevó las manos al rostro, casi a punto de llorar.

—Tranquilízate, Norma —la tuteé por vez primera, de una forma espontánea. Me aproximé un poco más a ella y acaricié sus cabellos.

Norma me miró con angustia en sus pupilas.

—Si tú supieras... —balbuceó—. Me entregué a ese hombre creyendo...

Le puse una mano en los labios.

—Olvídalo.

Finalmente no pudo más y estalló en lágrimas, hundiendo su rostro en mi pecho.

Dejé que se desahogara, mientras continuaba acariciando sus cabellos. Luego, el llanto fue en disminución y al final levantó la mirada.

—Todo lo pasado, pasado está. Ahora lo que debemos hacer es dar con él. Yo, al menos.

Norma no dijo nada. Instintivamente, aproximé mis labios a los suyos, y los besé con dulzura, lenta, suavemente. Fue ella quien reaccionó con frenesí, como queriendo borrar en aquel mismo instante lo que

atormentaba su mente. Así, unidas nuestras bocas, permanecemos hasta casi asfixiarnos.

Al separarnos, ella me miró con intensidad, sus bellos ojos algo húmedos.

—Mike.

—¿Sí?

—¿Me ayudarás a olvidar?

—Te lo prometo.

Sus labios esbozaron una sonrisa de agradecimiento. Yo los besé de nuevo, sellando la promesa.

—Entonces, en marcha.

—Tal vez prefieras quedarte en...

—No —me cortó al momento—. No tengo miedo a enfrentarme a él.

—De acuerdo.

—Siempre que estés conmigo.

—Lo estaré.

Thomas Banks se había comportado magníficamente, facilitándonos la dirección de Tony Addison. Yo no tenía mucho optimismo. Así se lo hice saber a Norma por el camino:

—De todas formas, no creo que se encuentre ya allí, si es medianamente inteligente. Lo lógico es que haya escapado. El golpe lo ha dado con toda perfección y ya tiene en su poder el botín. Casi seguro que habrá emprendido el vuelo.

Ella asintió en silencio.

Gracias al radioteléfono me puse nuevamente en comunicación con el capitán Lewis.

Había que ir tomando medidas, ser previsor por si las moscas.

—¿Qué hay, Sommars?

Le expliqué primeramente lo que había averiguado. El jefe soltó un taco y luego exclamó:

—¡Así que ese tipo es nuestra rubia asesina! ¡Infiernos coronados!

—Sí, capitán. Su facilidad para vestirse de mujer le ayudó para despistarnos..., aunque ya alguien me apuntó esa posibilidad — recordé en ése momento a la provocativa Deborah Stewart, la amiguita de Guy Bronson—, pero lo deseché, no me acabó de entrar en la cabeza.

—De esa forma se explican ya bastantes cosas. Por ejemplo, la fuerza del asesino, poco común en una mujer, que siempre resaltaba el forense. Y ya son lógicas las muertes: a Ann Fuller y a Slim Perkins los mató para quedarse con todo el botín, ellos debían ser sus cómplices. Y a Louis King porque debió averiguar demasiado sobre su juego de personalidades.

—Más o menos.

—Pero ¿por qué crear el personaje de Adam Kimball? No le hacía falta...

—Sí le hacía falta. Lo he estado meditando últimamente. Hay que imaginar que en un principio el plan estaba concebido entre los tres, por tanto había que crear un culpable del robo que liberara a Slim Perkins de las sospechas. ¿Lo entiendes? Porque el gerente de la joyería, según el esquema primitivo, no tenía que morir y sí continuar viviendo y go-zando de su parte del botín. El personaje de Adam Kimball nace para despistar, para que pensáramos que había «otra persona» capaz de conocer los manejos interiores de la joyería. Pero luego Tony Addison, llevado por su ambición, creó un nuevo plan por su cuenta.

Y eliminó a sus socios.

—Si, tiene razón, Sommars.

—Pero todavía sigue preocupándome algo.

—¿El qué?

—¿Quién llamó a Guy Bronson alertándolo? Fue una mujer, pero ¿quién?

—¿Tal vez Ann Fuller?

—Pudiera ser. Lo he pensado. Pero si estaba en el negocio, ¿por qué?

El capitán no dijo nada, yo agregué:

—Quiero que se encargue de dar la orden de captura de ese tipo, jefe. Posiblemente ya haya emprendido el vuelo. Que se faciliten todos sus datos y que se vigilen todas las salidas. Yo me dirijo ahora a su domicilio, ya veremos lo que encuentro allí. Esperemos tener suerte.

—De acuerdo, Sommars.

—¡Otra cosa!

—¿Que?

—Que se tenga en cuenta que se puede disfrazar de mujer.

—¡Diablo, es verdad! ¡Esto va a resultar muy complicado!

—Si pretende salir del país, le resultará muy difícil ocultar todo el botín de las joyas.

Pienso que continuará por aquí hasta que se desembarace de ellas.

—¡Daré de inmediato la orden de alerta general!

—¿Hay novedades de Bottoms?

—Todo sigue igual. La chica no sale de casa.

—Está bien. Corto.

Tony Addison vivía muy próximo a Sherman Square, en la West 70th Street, frente a la mole del Lincoln Towers: Era un moderno y bien cuidado edificio de apartamentos. El conserje, un hombre menudo, que entretenía el tiempo leyendo una novela pornográfica, nos atendió muy amablemente.

—A su disposición, sargento. ¿Qué desean?

—Busco a Tony Addison.

—Oh, ese. Se marchó anteayer.

No me cogió de sorpresa, pues esperaba algo parecido. El conserje me miró con ojo crítico, ocultando mejor la novela que leía.

—Es usted de la Brigada del Vicio, ¿verdad?

—No. Homicidios.

—Creía... Era un tipo tan... raro.

—¿Podemos echarle un vistazo al apartamento?

—Desde luego.

Fuimos.

El lugar estaba en perfecto orden. Tony Addison había desaparecido sin dejar el menor rastro. Por más que Norma y yo registramos, no encontramos nada de él que pudiera ser significativo. Para mayor desgracia, el conserje nos explicó que el apartamento ya había sido limpiado y arreglado con vistas a un nuevo alquiler. Total, nada.

Pero tuvimos suerte, al fin y al cabo.

Al salir del apartamento —en cada rellano había tres— coincidimos con una señora que estaba esperando el ascensor. Era una mujer de casi sesenta años, vestida de riguroso luto, de cabellos grises y rostro avinagrado.

—Buenas tardes, señora Latimer —saludó el conserje con una reverencia.

—Buenas tardes, George.

Al llegar el ascensor, todos nos introdujimos en él. La señora no dejaba de observarnos a Norma y a mí. Teníamos que bajar diez pisos, así que no pudo aguantarse más y preguntó con una forzada sonrisa:

—¿Van a ser ustedes los nuevos inquilinos?

—No, señora —contesté.

—Oh, perdone. Creí que eran una pareja de recién casados en busca de apartamento.

—No, señora.

—Una lástima. A saber qué vendrá. Ustedes tienen aspecto de gente honorable.

—Gracias, señora.

Mis respuestas eran secas y concisas. En cierto modo me molesta la tonta intromisión de las personas en la vida de los demás.

Pero la señora enlutada prosiguió:

—Si ustedes hubieran visto al anterior. Oh, George mismo se lo puede explicar. Un auténtico degenerado era ese chico. ¿Verdad, George?

El conserje asintió. Fue entonces cuando me interesé por lo que decía la señora.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No paraba de traer amiguitos... y de vez en cuando amiguitas. Pero sobre todo los primeros.. Gente además muy... sospechosa, ¿sabe usted?

—Entiendo —asentí—. ¿Qué hacían?

—Organizaban cada escándalo... Era bochornoso oírlos. Una vez..., una vez tuvo que escuchar los insultos más obscenos, incluso blasfemias, tanto me indigné, fíjese usted, que no tuve más remedio que salir al rellano para llamarles la atención...

—¿Y?

—El escándalo lo organizaban una mujer y un hombre. A él, a ese degenerado, se le escuchaba desde dentro gritar. El hombre de fuera estaba realmente indignado y decía auténticas barbaridades. La mujer, aunque le pedía calma desde el umbral, tampoco se le quedaba a la zaga de vez en cuando. Y el degenerado ese chillaba, desde dentro, que se largara pronto o le iba a dar por... bueno, ya se lo puede suponer. Algo espantoso. George lo sabe porque se lo conté, quejándome de la situación.

—¿Qué pasó finalmente?

—Menos mal que cuando salí las cosas se calmaron. El hombre se marchó y ella cerró de un portazo, quedándose dentro. Antes tuvo la desfachatez de llamarme vieja bruja, fíjese usted. ¡Qué vergüenza!

El ascensor ya había llegado abajo desde hacía unos instantes. Todos esperábamos que ella terminara para salir de la jaula. Yo reflexionaba sobre lo oído.

—Espere un momento —le dije en el vestíbulo, cuando ya se

marchaba, tras despedirse muy educadamente. Me acababa de asaltar un presentimiento.

—¿Sí, señor?

—¿Sería capaz de describirme a las dos personas que vio en el rellano? —al mismo tiempo que le hablaba le mostraba mi placa.

—Oh, policía. ¡Desde luego, desde luego! A la mujer sobre todo, ya la había visto en otras ocasiones. Era...

—¿Tal vez ésta? —me adelanté, enseñándole las fotos de Ann Fuller.

—¡Ella es! ¡La misma!

—¿Y el hombre?

A continuación me dio una descripción que coincidía exactamente con la de Paul Stevens, el encargado de la discoteca Ra.

CAPITULO XI

Llegamos a la discoteca cuando iban a abrirla. Por el camino le había contado a Norma quién era Paul Stevens y la conversación que había tenido con él, recordando sobre todo la mención que había hecho de Ann Fuller. Más o menos coincidía, o podía coincidir, con lo que la señora Latimer había relatado. Quería que él me lo explicara mejor.

Durante el trayecto también me puse en comunicación, una vez más, con el capitán Lewis. Le conté mi última investigación. El no tenía ninguna buena nueva.

Paul Stevens fue precisamente la primera persona con la que tropezamos. Vestía sencillamente, de calle. El smoking era prenda de trabajo.

—¿Viene a ver al jefe? —me preguntó—. Tendrá que esperar. Todavía no ha llegado.

Los empleados iban de un lado a otro, dando los últimos toques.

—No me interesa por ahora Hank Johnson —repliqué—. Deseo hablar con usted.

—Oh —se sorprendió—. ¿Desean tomar algo? Les invito. Yo estoy seco.

Alcanzamos el mostrador. Aún no había nadie atendiéndolo y fue él mismo quien sirvió las bebidas.

Probé lo que había preparado y tuve que reconocer que sabía hacer combinados.

Norma, incluso, le alabó:

—Esto es excelente.

—Gracias, señorita —sonrió.

—Bien, Stevens —chasquéé la lengua—. Ya sabe lo que estoy investigando.

—El caso de Ann Fuller.

—Ese es el principio. Luego han sucedido más cosas.

—¿Como qué?

—También murió asesinado un detective privado llamado Louis King y el gerente de una joyería, Slim Perkins. ¿Conocía a alguno de los dos?

—No, no.

—De la joyería robaron piezas por valor de un cuarto de millón de dólares.

Silbó largamente.

—No sé nada de joyas —agregó.

—Quiero volver sobre Ann Fuller.

—Ya le conté todo lo que sabía.

—Me interesa sobre todo aquella trastada que le gastó, según usted.

—Oh, ya.

—Ocurrió en un apartamento de la West 70th Street, ¿verdad que no me equivoco?

—Exacto. Creo que no se lo dije. ¿Cómo lo ha averiguado, sargento Sommars?

—Sería largo de contar. Ahora lo que me interesa es saber exactamente lo que sucedió.

—Más o menos ya se lo dije.

—Deseo el detalle.

—Bueno... —vaciló, como si se encontrara en una situación comprometida—. Es algo...

desagradable. Y yo prefiero no recordarlo.

—Tal vez sea importante para el caso que llevo entre manos. Se lo ruego, Stevens.

—Si lo hace por mí... —intervino Norma—, no tengo inconveniente en retirarme.

—No, en absoluto, señorita. Ya he dicho que me resulta desagradable. Pero en fin, sargento Sommars, considera que es necesario...

—Lo es.

Paul Stevens bebió largamente, tal vez para darse fuerza y poder afrontar mejor el pasado.

—No sé si le dije que Ann me gustaba, tenía un atractivo que me incitaba. Ella lo sabía, pero se me mostraba esquiva, quería hacerme sufrir...

—Sáltese eso. Vayamos al día de marras.

—Bueno, ese día cedió. Dijo que nos lo pasaríamos en grande, en casa de una amiga suya, la cual también participaría. Yo acudí prometiéndomelas muy felices. Mucho más cuando vi a la otra, un bello ejemplar. Nos pusimos cómodos, tomamos unas copas, charlamos de cosas intrascendentes, nos fuimos animando poco a poco... La otra mostró de inmediato su predilección por mí y aunque yo iba sobre todo por Ann, no pude resistirme y los dos nos encelamos. Ann ya se había desnudado, yo también, pero la otra permanecía semivestida, eso sí, con sus hermosos pechos al aire, por lo que no sospeché nada de momento. La cosa siguió su marcha y cuando ya estaba a punto se me montó Ann, rápidamente... Pero yo no me sentía del todo satisfecho, las chicas querían ya dejarlo, pero yo me empecé en poseer a la otra. Hubo un tira y afloja. A partir de ese instante las cosas comenzaron a tomar un giro extraño. Finalmente me harté, me puse violento y le di un tirón al slip de la amiga de Ann, dispuesto a penetrarla. Me quedé helado al ver sus genitales —hizo una pausa para apurar el contenido del vaso—. Era un hombre, sí, señor. Los llevaba completamente aplastados con esparadrapo para que abultaran lo menos posible. Y entonces se organizó el escándalo. Nos dijimos de todo, incluso llegamos a cruzar algunos golpes. Salí de allí echando pestes. Eso fue todo.

Me quedé pensativo unos instantes. Luego pregunté:

—¿Cómo era el tipo?

—Bueno, yo no sabría describírselo. Era una mujer perfecta, algo asombroso, incluso sus pechos...

—Unas pomadas estrogénicas pueden resolver eso...

—Pero como Adam Kimball —terció Norma—, él era un hombre...

—Ya había pasado un tiempo y había metabolizado el producto, volviendo a su normalidad. Luego, en sus números, ya se sabe que utilizan postizos esa gente...

—En fin, señor Sommars, observo que de poca ayuda le he sido —compuso una mueca Paul Stevens, echando mano de las botellas nuevamente—, ¿Quieren más?

—Todavía falta algo, y tal vez lo más importante —dije—, ¿Qué aspecto tenía como mujer?

—Fascinante. La Monroe revivida. Yo me pirraba por Ami, pero el tipo me entusiasmó...

—¿Qué más puede decirme?

—Ami me dijo luego que él vivía con una amiga en el 284 de Cunard Street.

—Gracias, Paul... ¡Vamos allá, Norma!

CAPITULO XII

Llegamos a su casa justo en el momento en que se subía a un taxi portando una maleta.

No hubo tiempo de salir y detenerlo. Fuimos detrás.

Norma permanecía asombrada y callada a ja vez. Cada vez el caso era más sorprendente.

Las primeras sombras de la noche ya envolvían Manhattan, el tráfico era más denso, las luces comenzaban a darle un nuevo aspecto a la ciudad.

Yo opté por continuar detrás y no intentar su detención mientras estuviera en el taxi, aunque de vez en cuando nos parábamos en los semáforos, pues el taxista podía correr grave peligro. Un tipo como Tony Addison no se detendría ante un nuevo asesinato.

El trayecto fue largo, cruzando el Hudson River gracias al Williamsburg Bridge, dirigiéndonos seguidamente hacia la Haberman Station de Maspeth. Era una zona más bien industrial, sin edificaciones de viviendas, ya solitaria a aquellas horas del anochecer.

El taxi se detuvo un poco antes de llegar a la estación, casi en el límite entre Queens y Brooklyn. Tonny Addison bajó, abonó la cuenta y caminó con paso seguro hasta una vieja cochera cuyo portón estaba abierto. Daba la impresión de ser un lugar abandonado, vacío.

—¿Por qué no le detienes ya? —preguntó Norma.

—Espera. Debe haber algo más. Si hubiera ido al aeropuerto, o a una estación de autobuses...

Tony Addison, dentro de su papel de mujer, con un suave balanceo de caderas, se introdujo por fin en la cochera. Entonces yo salté del coche y corrí. Por el camino empuñé firmemente el revólver reglamentario.

No me equivoqué. Dentro había gente. Y un coche con los faros encendidos.

Tony Addison había llegado hasta el morro del auto, situándose entre los dos chorros de luz. Dos hombres se aproximaron a él y le saludaron.

—¿Lo traes todo? —escuché perfectamente, agazapado en las sombras de la entrada. El coche se encontraba apuntando a la pared de mi derecha.

—Sí.

—¿Podemos verlo?

—Por supuesto.

Continuaba en su papel de mujer también a la hora de hablar, atiplando la voz.

Abrieron la maleta y observaron su interior. Vi como uno de ellos sacaba varias piezas que relucieron ostensiblemente. Las joyas de Bronson. Durante unos largos minutos reinó el silencio. Cuando terminaron las comprobaciones, uno de los dos desconocidos le alargó un maletín.

Tony Addison lo abrió y exclamó:

—Cien mil dólares son una porquería.

—Con el dinero no tendrás problemas, reina —le replicó uno, acremente—. Nosotros tenemos que ir con mucho cuidado con esta mercancía. Habrá que desmontar las piezas y, en fin, se perderá pasta. Además, éste era el trato.

—Bien —aceptó, cerrando el maletín.

Creí llegado mi momento. Broté de la oscuridad como una especie de fantasma y conminé:

—¡Quietos los tres!

—¡Maldita!

—¡Nos la has jugado, perra!

Todos echaron mano de sus pistolas, haciendo caso omiso de mi advertencia.

La cochera, súbitamente, se llenó de estampidos.

Tony Addison fue el primero en recibir, y por parte de los que le creían un traidor. Se convulsionó estremecedoramente, mientras yo le acertaba a uno de los desconocidos, enviándolo aparatosamente sobre

el capó del coche. Su compinche cambió de punto de mira, pero ya era demasiado tarde. Mi revólver reglamentario tronó de nuevo y el tipo aulló al verse alcanzado en un costado. Perdió la pistola, dio media vuelta y se vino abajo hecho un perfecto ovillo.

Transcurrieron cinco segundos de tenso silencio. Norma apareció en la puerta.

—¡Mike!

—¡Estoy bien! ¡Tranquila, pequeña!

Luego, avancé lentamente hacia los caídos. Tony Addison aún alentaba. Me acuclillé junto a él. Sus ojos me miraron con las pupilas ya muy dilatadas. Un hilillo de sangre comenzaba a aparecer en la comisura de sus labios, como si el «rouge» se le hubiera corrido.

—Al final... se salió... con la... suya..., polizonte... —tartajeó.

—Hay algo que no entiendo bien. ¿Fue Ann Fuller quien alertó a Guy Bronson?

—Sí.

—¿Por qué? ¿No era tu cómplice? ¿No te había ayudado con la prueba de Paul Stevens, para saber si el disfraz funcionaba?

—No era..., mi cómplice... Le conté... un cuento... Luego... ella investigó... por su...

cuenta y... y descubrió... Quiso chantajearme..., incluso me... me asustó te...telefoneando a... a Bronson..., yo la... la contenté al... al principio..., pero cuando... se acercó la... la hora decisiva... la... la eliminé... Lo... lo de Louis... King... ya se... lo puede imaginar...

—¿Entonces sólo Slim Perkins era tu cómplice?

—Sí... Mía fue la... la idea... El no quería..., pero al... al final le... le convencí... Estaba...

loco por mí... Oiga, polizonte...

—¿Qué?

—Creo..., creo que... que me muero...

—Adiós, Tony.

—No... no me llame así... Odio... odio ese nombre... Siempre me... me gustó el... el de...

DEBORAH.

EPILOGO

El caso de Tony Addison se podía resumir más o menos del siguiente modo. Al conocer a Slim Perkins, gerente de una joyería, tramó el robo, para lo que necesitaba la colaboración de su nuevo «amigo». Una vez la consiguió y para que Slim Perkins no se viera involucrado, ideó el personaje de Adam Kimball, sobre el que recaerían las sospechas.

Pero Tony Addison lo quería todo para él, así que fue mucho más lejos, necesitaba otro personaje con el cual escaparía el dinero, una vez vendiera las joyas a los peristas con los que había pactado de antemano. Y nació Deborah Stewart, que estaría al lado del dueño de la joyería, un hombre ya algo senil que gustaba de rodearse de jovencitas. Para probar la fuerza de este personaje femenino convenció a su «gancho» Ann Fuller para que le llevara a un hombre y a ésta no se le ocurrió otro que Paul Stevens, con el que se organizó un pequeño escándalo. Ann Fuller quedó mosqueada y le vigiló, llegando a descubrir su relación con el joyero. Entonces decidió chantajearlo, y para convencerle de que la cosa iba en serio, telefoneó a Guy Bronson medio alarmándolo. El joyero creyó que se trataba de Adam Kimball y contrató a un detective privado, cosa que en seguida supo Tony Addison gracias a ser la «amiguita» de Guy Bronson, un hombre al que le era fácil soslayarlo en los momentos superíntimos. Primero eliminó a Ann Fuller, que se estaba convirtiendo en una auténtica sanguijuela, y más tarde a Louis King, quien había llegado demasiado lejos en sus investigaciones y podía traer serias complicaciones una vez se descubriera el robo. Por supuesto, la muerte de Slim Perkins era algo que estaba en su programa desde un principio. El robo, así, quedaría como algo planeado entre Perkins y Kimball, con golpe final de este último. Su paso definitivo consistía en venderle las joyas a los peristas y desaparecer con el dinero. Y muy oportunamente di con él-ella, justo es reconocerlo.

Por otro lado, mis relaciones con Norma Bronson siguieron su curso natural y con eso quiero decir que acabamos ante un juez de paz. Guy Bronson, por supuesto, no puso ningún reparo en esta ocasión, y en la actualidad prefiere dedicarse a la filatelia que a las explosivas veinteañeras.

F I N

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE

ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

